

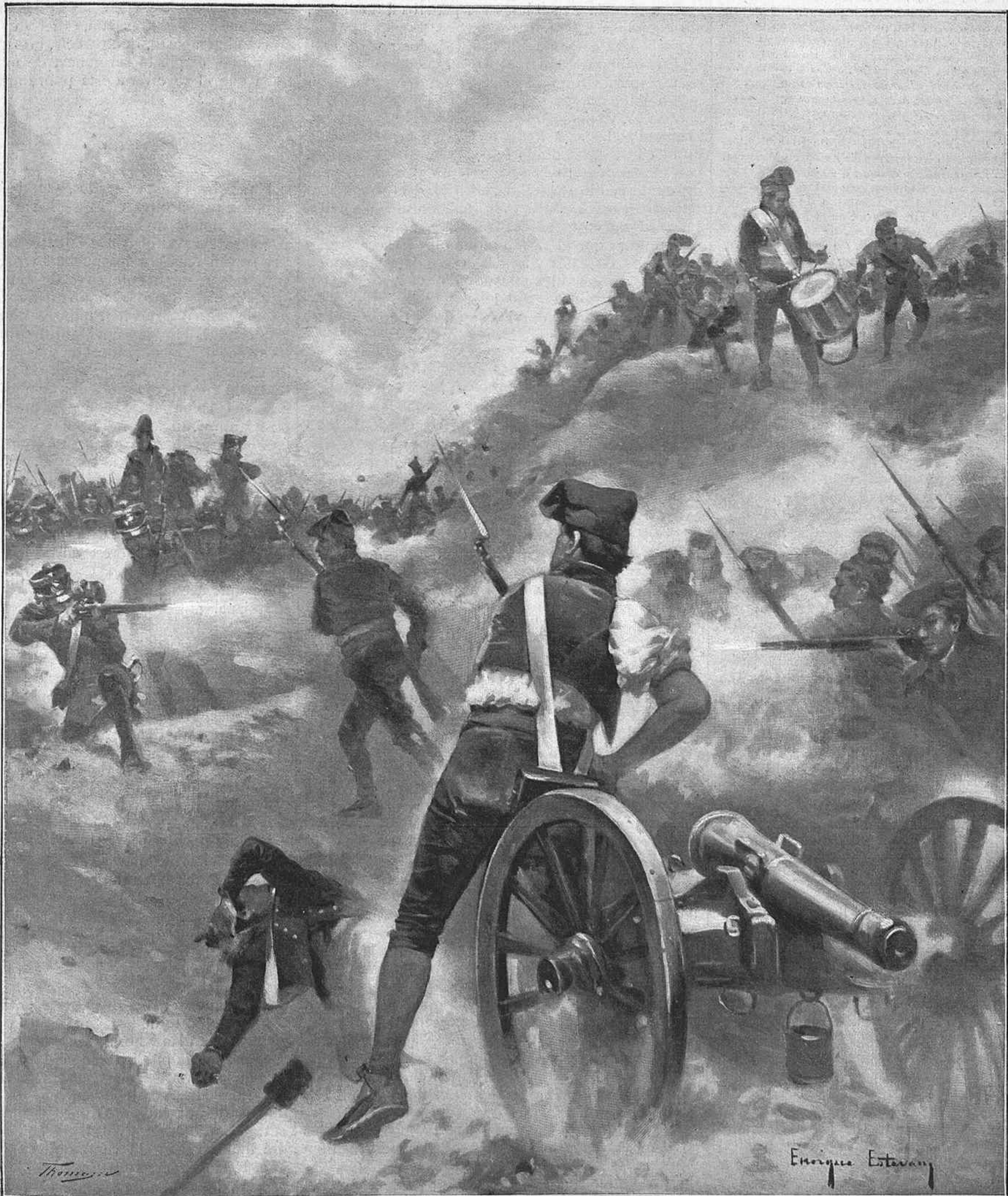
La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 8 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 754

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



6 DE JUNIO DE 1808. - Episodio del combate del Bruch,
dibujo de Enrique Estevan. (Véase el artículo)

ADVERTENCIA

En el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicaremos un notable artículo del insigne escritor D. José Echegaray, titulado *Los tres elementos del drama*, hacia el cual nos permitimos llamar de antemano la atención de nuestros lectores.

SUMARIO

Texto. - *La corte... de los Milagros*, artículo crítico sobre costumbres contemporáneas de Madrid, escrito por doña Emilia Pardo Bazán. - *Gattamelata*, efeméride sobre la estatua ecuestre modelada por Donatello, redactada por R. Balsa de la Vega. - *El Bruch*, reseña explicativa del dibujo inserto en la primera página de este número, por A. García Llansó. - *Recuerdo de los Juegos Florales en Barcelona*, artículo ilustrado con la composición alegórica reproducida en la página 405. - *Desencanto*, por A. Sánchez Pérez. - *Grandeza humana*, por Alejandro Larrubiera. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea* con noticias referentes a *Bellas Artes y Teatros.* - *Problema de ajedrez.* - *Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, ilustrada por José Cabrinety (continuación). - *La guerra de Cuba.* - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Animales que resucitan.* - *Viaje al Polo Norte en globo.*

Grabados. - 6 de Junio de 1808. *Episodio del combate del Bruch*, dibujo original de Enrique Estevan. - *Gattamelata*, estatua ecuestre modelada por Donatello, existente en Padua. - *Recuerdo de los Juegos Florales celebrados en el presente año en Barcelona*, composición alegórica por los señores A. y E. Fernández (dits Napoleón). - *Demone*, caballo vencedor en el premio internacional de carreras al trote celebradas en el Hipódromo de la plaza Doria, en Milán. - *El Hipódromo de la plaza Doria en Milán. La carrera del gran premio internacional al trote italiano* (fotografía de Treves). - *Obras maestras del arte moderno. La primera comunión*, cuadro de José Gallegos, grabado por J. J. Weber, publicado con autorización de la Sociedad Fotográfica de Berlín. - *Rodo. D. Manuel Díaz*, estatua de José Montserrat, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera. - *Arriero catalán. Montañesa catalana*, cuadros de Cristóbal Montserrat. - El coronel Ochoa, jefe del regimiento de Guadalajara. - D. Rosendo Espina, capitán de la guerrilla Lersundi. - El médico 1.º Dr. D. José de la Peña (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana). - Jefes y oficiales del crucero *Alfonso XII* que presta sus servicios en las aguas de Cuba, según fotografía enviada por los Sres. Otero y Colominas. - Carraje de tranvía movido por gas, construido por la Compañía de ómnibus de París y ensayado recientemente en aquella capital.

LA CORTE... DE LOS MILAGROS

Madrid está como nunca infestado de mendigos. Ya sé que sobre esto se ha escrito mucho, se ha discutido bastante, se ha discurrecido algo, y se continuará discurreciendo mientras los pordioseros, espontáneamente y con un desinterés que les honraría, no renuncien a la profesión que ejercen, profesión romántica y poética, cuya libertad, fueros y alegrías ensalzaron tantos novelistas y poetas, desde Cervantes hasta Espronceda y Juan Richepin, autor de la famosa *Chanson des gueux*.

De mí no espere nadie la solución de este problema de la mendicidad callejera. Yo no sé cómo se podría remediar tal calamidad, no soy tampoco a quien incumbe saberlo. Lo que afirmo es que en ninguna de las ciudades que he visitado, en España y fuera de ella, he visto tal nube de pobres pediguñeros. Y aseguro también que cuanto más culta es una ciudad, se ven en ella menos mendigos, ó no se ve ni uno solo.

Pero ¿acaso Madrid es una ciudad culta? Bien podríamos regatear este título a la capital de España, sin incurrir en notoria injusticia. Pueblo bullicioso, animado, simpático, divertido, vivaracho y bonachón a la vez; pueblo donde reside, por natural efecto de la capitalidad, lo más granadito de España en inteligencia, nacimiento y posición - esto sí que lo es Madrid, y no podrá negárselo nadie. - Con todo ello, no se hace una ciudad culta. Bien culta es, por ejemplo, la de Ginebra, en Suiza, y sin embargo, ni viven en ella personas notables, ni atrae, ni llama, ni entretiene, como entretiene Madrid, que - lo repito - por muchísimos detalles y por muchísimos estilos, parece un poblacho sin policía, ni urbanidad, ni respeto al derecho de nadie.

* *

Esto de la mendicidad callejera ha llegado a tal punto, que así como antaño en Nápoles se caminaba pisando cuerpos de *lazzaroni* tendidos al sol, aquí nos habituamos a caminar empujando y desviando mendigos que nos acosan. Hay calles de Madrid donde los pordioseros forman fila, cubriendo ambas aceras, tendidos como los soldados en día de procesión. No para en sitio alguno un coche, sin que antes de que haya abierto la portezuela el lacayo, tenga la mano sobre ella un mendigo. No entra en una tienda una señora, sin que pisándola los talones se cuelen dos ó tres mendigos; y es moralmente impo-

sible - lo reconozco - discutir el precio de una tela ó de un encaje ó de cualquier pingo caro, de los que forman la *toilette* femenina; es imposible, repito, ofrecer un puñado de duros por un trapo, cuando tenemos a la oreja a una mujer que lleva en brazos a dos *churumbeles* y nos dice en gemebundo tono: «¡Para pan para los niños, que no han comido hace veinticuatro horas!»

No valen reflexiones. Bien sabemos que esa tela cara que desdobra y arruga hábilmente el tendero, y cuya riqueza afrenta a los guñapos de los mendigos, representa el trabajo y la honrada y lícita ganancia de muchos obreros, la prosperidad de la industria, la vida de organismos necesarios para la grandeza y dignidad de una nación; bien sabemos que el trabajo es enemigo de la mendicidad, y que el comercio es merecedor de toda alabanza y es fuente de riqueza y de bienestar... Lo sabemos; pero los sentidos pueden más: vemos un contraste entre el que pide y el que compra; nos hablan de desesperación, de niños sin sustento... y nos entra vergüenza y fatiga de estar comprando lo que realmente no significa lujo, sino indispensable requisito para vivir en sociedad con decoro... El comercio nacional se lo pierde, pues para ahorrarnos impresiones penosas escribimos una carta a Francia y recibimos los géneros a domicilio, sin mendigos a la oreja...

¿Pues qué decir de los cafés, de los *restaurants*, de las confiterías? Estáis pagando unos pastillitos, y oís una ronca voz que a vuestro oído murmura: «Con más hambre que un oso...» Entráis en una fonda, al anochecer, y solloza una muchacha: «No me he desayunado todavía...» Pedís en el café un refresco, y un chicuelo desmedrado sale de entre vuestros pies, con el sonsonete: «Aunque sea un centimito, para ayuda de medio panecillo...» En Madrid difícilmente podrían establecerse esos lindos, útiles y agradables *bodegones* que se llaman *restaurants Duval*, ni esas mesitas que al aire libre y en las terrazas sitúan los mozos de cafés y fondas, y donde almuerzan y comen tan a gusto los forasteros. Aquí es preciso encerrarse, contra el sentir del apóstol San Pablo y contra las costumbres admitidas en otras tierras de mejor apaño y administración más ordenada.

* *

El que se ve acosado de mendigos puede darles ó no darles limosna (perogrullada insigne). Si no les da, que se prepare a escuchar insultos, amenazas sordas (ó con buen oído) y una chacota castiza, digna de los tiempos de la pícara Justina y el señor Monipodio. Si les da, prepárese a cosa peor: a ver juntarse en derredor suyo una tribu de pediguñeros - lisiados, tullidos, ciegos, cojos, viejos, viejas, chiquillos, obreros sin trabajo y albañiles que se han caído del andamio; - porque ignoro en virtud de qué misteriosas contraseñas se avisan unos a otros los pobres; mas es lo cierto que sin necesidad de toques de clarín, llamadas de corneta ni silbos de pito, ellos se reúnen en un periquete donde les da la gana, donde olfatean el corazón blando, el artista que acaba de vender el cuadro, el enamorado que acaba de recibir carta de su ninfa, el jugador de lotería que acaba de ver en la lista su número, cuantos se encuentran en disposición de no reparar en el *perro grande*, ni en la pesetilla, si á mano viene.

Lo indiscutible es que, poco ó mucho, todos dan; que nadie se exime de sostener este ejército de postulantes que llena hasta los últimos rincones de Madrid. No lo atribuyáis a bondad, ni a generosidad: ¡quía! La caridad propiamente dicha reviste otras formas; la beneficencia se entiende de otro modo; y cuando en la calle alargamos esa moneda de cobre, tarifa máxima de esta clase de *buenas obras*, ni se nos ocurre que hacemos nada meritorio, ni nos importa (vaya la verdad) que el socorrido sea un padre de familia con doce vástagos ó un tagarote que acopia para la taberna... Si damos es porque nos impulsa á ello una especie de fatalidad física, un movimiento determinado en parte por el deseo de complacer á poca costa á un semejante, de causar alegría - puro egoísmo - y en parte, por una corriente de simpatía que nos lleva á preferir á cierto pobre, así como otros pobres, sin que entendamos por qué, nos incomodan y repugnan...

Una señora conocida mía, que oía misa todos los domingos en la iglesia de San Martín, se aficionó á una ciega que pedía apoyada contra las antepuertas de madera, y llegó á desear, como se desea un goce, que llegasen los domingos para llevar su monedita de plata á aquella ciega y oír sus palabras de gratitud. Era y es la tal vieja, fuerza es decirlo, de lo más simpático y bonito que cabe en el género de mendigos. Un rostro descolorido, fino de facciones, con

vestigios de hermosura; unos ojos grandes, fijos y apagados, pero limpios y de linda forma; un cabello blanco recogido modestamente; un vestido liso, negro; un aseo primoroso; unos pies pulcros, pequeños, decentemente calzados; una mantillita muy clásica, bien puesta y sujeta al pecho por un alfiler..., esto era la pobre; mas su principal atractivo consistía en una voz deliciosa, plateada, suave; en una pronunciación clara, castellana sin rudeza, y en un hablar delicado y distinguido, ajeno á esas retóricas de la mendicidad y á esas exageraciones de melodrama que nos enfrian en vez de compadecernos. Envuelta por las oleadas de la gente que entraba y salía impetuosamente en la iglesia, la ciega, sonriendo, siempre afable y cortés, repetía una vez y otra: «¡Cuidado, señores! ¡Caballeros, cuidado! ¡Que hay niños pequeños! ¡Que pueden ustedes hacerles mal sin querer! ¡Cuanto más se empuja es peor, señores! ¡Una limosnita... por amor de Dios... á la ciega!» La urbanidad de aquellas frases era inalterable: jamás se oyó á la ciega impacientarse porque la diesen de empujones - á pesar de que muchas veces su pobre cuerpo era zarandeado como un pedazo de leño por las olas. - Cuando en vez de empujones recibía una moneda, deslizada en su mano que cubría un mitoncito de seda recosido y viejo, sus labios murmuraban el sencillo «Dios se lo pagará,» dicho con tal dulzura, con tan buen gusto, que parecía, más que fórmula de pordioseo, exquisita reverencia de minué. - ¿Quién duda que el socorrer á esta pobre antes era recreo que caridad?

* *

Hay pobres bien educados, y también los hay pintorescos, que nos ofrecen un goce artístico, pues los estamos viendo, no en carne y hueso y harapos, sino á la acuarela y al óleo. De estos mendigos con estética se ven más por los pueblos y por las ciudades antiguas; generalmente sirve de fondo á su interesante figura el muro de una catedral ó el pórtico de un convento ó la reja herrumbrosa de algún caserón; no obstante, también en Madrid se pueden encontrar tipos dignos del pincel de Velázquez. Poco antes de llegar á San Ginés, cerca de un puesto de libros de lance que hace frente á dos buenas librerías de la calle del Arenal, suele reclinarsse un típico mendigo, semejante á un emigrado político ruso, ó á un profeta errante, de esos que aparecen en Irlanda. Bajo su abollado sombrero de copa flotan abundantes bucles grises, que le inundan los hombros, y una barba patriarcal, gris también, irradia sobre el ancho pecho, cubierto por una levita raída y mugrienta. Es sorprendente observar cuánta dignidad presta á una cabeza de hombre, sobre todo de viejo, la melená y las barbas de capuchino. Este pobre no es tampoco de los que asedian; espera el socorro, y si no viene se resigna.

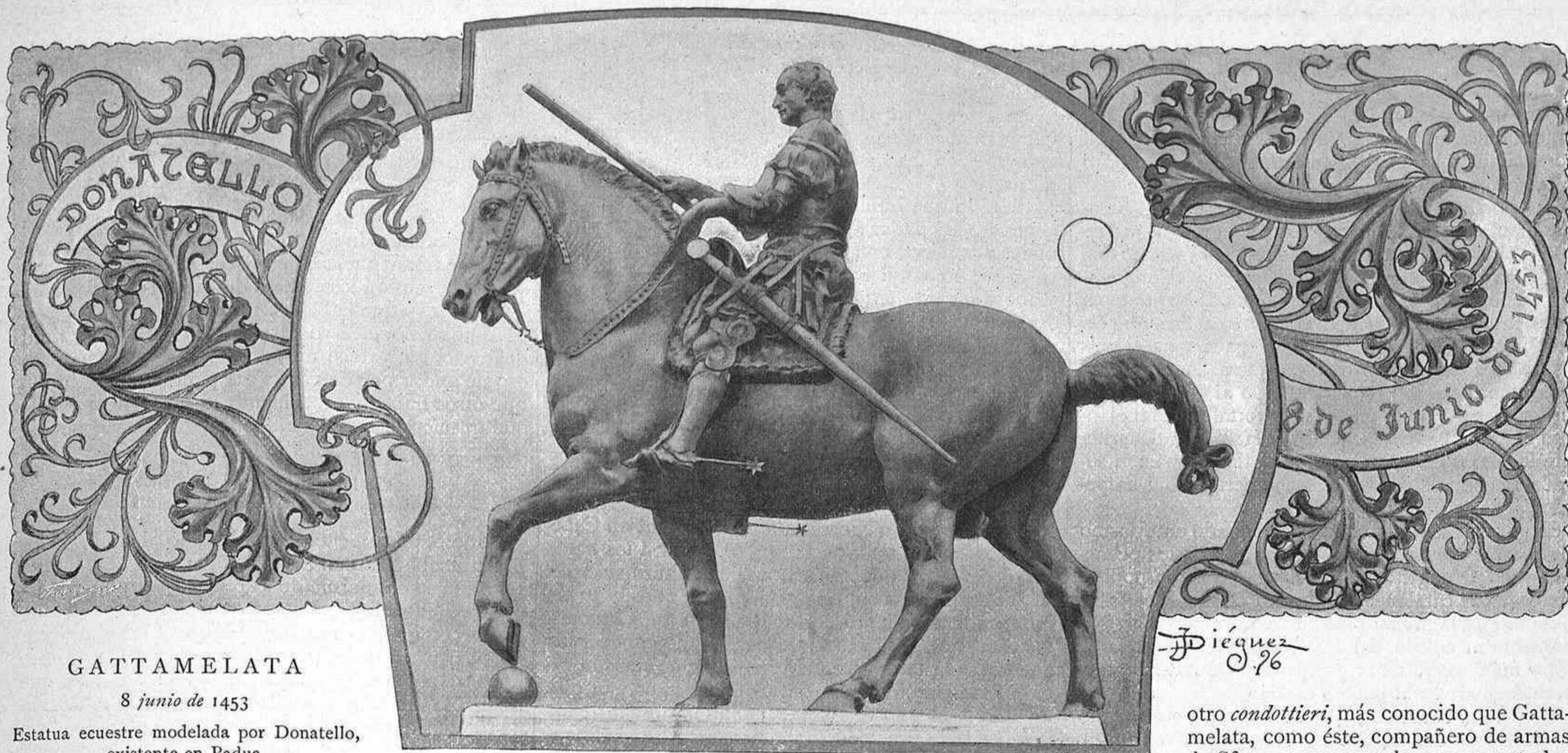
* *

Sobre los niños que mendigan se podrían escribir volúmenes. Hay uno - un chiquillo digo - que pide en el Retiro, metiéndose por entre las ruedas de los coches y las patas de los caballos, como un ratón por medio de las sacas del trigo maduro. En vez de humillarse y gimotear, el chico sonríe y mira á la cara de los paseantes, saludándoles con un familiarísimo «¡Hola!» Tal franqueza divierte á los señores, y el chiquillo recoge pingüe cosecha. Hay días en que lleva á su casa nueve ó diez pesetas. «¿Para quién pides?» «Para mi madre,» responde con naturalidad; y las manos se tienden. El granuja es de los que han caído en gracia.

* *

Aquí tenéis el cuadro que presenta Madrid, convertido, de corte de las Españas, en corte de los Milagros. Hay días y horas en que no se puede «transitar por la vía pública,» lo cual era la mayor de las desgracias para Fermín Gonzalo Morón, que en paz descansa. Hay ocasiones en que los mendigos son dueños de una calle ó de una plazuela, y peor para el transeunte inofensivo. A mi madre y á mí nos pidió limosna ayer un viejo, del género hosco y gruñón. No le dimos, y nos esperó á la puerta de una tienda para cantarnos las verdades. Como nos pidiese otro pobre, el viejo se acercó al compañero, y le advirtió solemnemente: «Anda, déjalas, no pierdas el tiempo, hombre... Son unas *desagradecidas*.»

EMILIA PARDO BAZÁN



GATTAMELATA

8 junio de 1453

Estatua ecuestre modelada por Donatello, existente en Padua

Para cuantos conocen la historia del arte, especialmente del italiano, en la época del Renacimiento, la estatua erigida á *Gattamelata* y la figura del insigne escultor florentino *Donato di Niccolò di Belto di Bardi*, ó como él firmaba, de *Donatello (fiorentino)*, poco ó nada de nuevo seguramente encontrarán en esta *efeméride*, á lo sumo alguna fecha; mas para aquellos que no conocen muy hondamente la historia del arte italiano, de ese período que iniciaron los Massaccio, Brunelleschi y Donatello y tantos otros escultores y pintores, la presente *efeméride* tiene la novedad de algo que puede decirse arqueológico.

Comienzo declarando cómo se me ocurre ahora la idea de que muchos ignorarán seguramente quién era *Gattamelata* para merecer el honor de que, apenas muerto, le erigiesen una estatua; y aun cuando pudiera resultar que tal ignorancia no la tuviesen tantos como me figuro, sin embargo, por el sí ó por el no, diré que *Gattamelata* era un célebre *condottieri*, que murió en Venecia en 1443. Como todos aquellos que ponían sus armas al servicio del que mejor les pagaba, Stefano-Giovanni Gattamelata sirvió al Papa, á la señoría de Venecia, al duque de Milán y por último volvió al servicio de Venecia. La señoría le elevó una estatua para dar un testimonio de la gratitud que le debía, entre otras cosas, por la célebre retirada que hiciera en ocasión de encontrarse el ejército veneciano amenazado seriamente por el mucho más numeroso de los mantuanos, mandado por el duque de Mantua en persona, quien fué batido por *Gattamelata*, viendo deshecho su ejército. Recordado el héroe que inmortalizó Donatello, vamos á la estatua.

* *

Pocos artistas habrá habido que, como Donatello, hayan sido más queridos de sus compatriotas. Con el autor del *Zuccone* no rezó la sentencia *Nemo est propheta in patria sua*. El favor que le otorgó Cosme de Médicis y el cariño de su colega Ghiberti, el celebrísimo autor de las puertas del campo santo de Pisa, fueron tan constantes, que solamente la muerte cortó aquellos lazos. Donatello no traspasó jamás las fronteras de su patria; Roma y Venecia fueron para el insigne precursor de Miguel Angel los extremos de sus mayores viajes.

Mas con todo, ó precisamente por esto mismo, la obra de Donatello resultó y resulta al cabo de los siglos verdaderamente original; es como el verbo de una nueva idea, de un arte nuevo, que inspirándose en el realismo de la belleza clásica, le presta la vida espiritual que aportara el cristianismo á las manifestaciones artísticas. En este concepto, la obra del segundo y del último período de la vida del célebre escultor ha de ser admirada siempre, pues supo á las veces aunar tan felizmente el tipo físico y el moral de las figuras que esculpía, que al propio Miguel Angel hizo exclamar mirando la estatua del rey David: «Es tanta la verdad de esta figura, que por momentos creo que va á dirigirme la palabra.»

Esto en cuenta, podemos explicarnos la razón de los elogios de que fué objeto la estatua ecuestre de *Gattamelata*. Vassari la elogia con las frases más en-

comiásticas; la señoría de Venecia colma de agasajos al artista, y la comisión nombrada por Donatello y los hijos de *Gattamelata* para recibir la obra le paga el trabajo con 1.650 ducados de oro — suma fabulosa para aquellos tiempos, — teniendo en cuenta «el gran magisterio et insegnio» que demostrara el escultor.

Comenzó Donatello la citada estatua en el año de 1444, y dió por terminado el modelo á todo su tamaño (colosal) el día 8 de junio de 1453, en cuya fecha avisó á Venecia para que examinaran su trabajo, como en efecto así se hizo el día 3 de julio del mismo año.

Inspiróse el escultor florentino para disponer el movimiento, actitud, etc., de la estatua, en la inmortal, en la portentosa de Marco Aurelio, transportada andados los años al Capitolio por Miguel Angel, que la tenía como obra sin igual. La mayor parte del tiempo que Donatello empleó en modelar el monumento del *condottieri*, debe adjudicarse á los muchos y detenidos estudios que hizo para el caballo, á pesar de los que afirman que no había hecho más que un estudio muy ligero. Por datos últimamente aportados por varios eruditos, datos á que Amoretti mismo alude, sábase cuánto preocupó al naturalista escultor la anatomía de la montura de *Gattamelata* y la actitud en que debía colocarla.

Mas á pesar de los elogios de los coetáneos del artista, la estatua ecuestre de *Gattamelata* no puede ser considerada como de las mejores del autor del *Zuccone* (David). El caballo especialmente, y recordando el de la citada ecuestre de Marco Aurelio y el de Colleoni, quédase en punto á proporciones, á interpretación de la vida, á belleza de la línea y arrogancia del movimiento á mucha distancia de lo bueno que produjo el insigne escultor, inclusa la figura del vencedor del duque de Mantua. El caballo es pesadísimo, desproporcionado y falto de vida, pese á cuantos pretenden atenuar el defecto de la pesadez diciendo que así eran los caballos de combate. Pero si la montura ofrece tales reparos, no así el jinete. Perfectamente puesto sobre la silla, *Gattamelata* aparece vestido con una armadura que le cubre por entero; tan sólo tiene desnuda la cabeza destacando sobre el cielo siempre azul de Padua. La diestra mano del *condottieri* empuña un bastón de mando y la izquierda recoge las bridas del trotón. El rostro del jinete es enérgico, está lleno de vida y modelado con la sencillez y el respeto al natural que distingue la obra toda de Donatello. Cuéntase que reunidos los individuos de la comisión que para la recepción del modelo nombraran, como queda ya dicho, el artista y los hijos del generalísimo de los ejércitos de Venecia, fué tan grande la impresión de verdad que les produjo la figura de *Gattamelata*, que los hijos de éste no aguardaron á que se fundiese la estatua para poderla apreciar, y desde la ciudad de las lagunas se trasladaron á Florencia, en donde trabajaba Donatello.

Aún tardaron los paduanos en ver emplazada en la plaza de San Antonio la obra del insigne escultor; pues la familia del estatuaado, por cuenta de la cual corría la fundición, dilató ésta varios años; veinte más tarde el Verocchio modelaba la famosísima de

otro *condottieri*, más conocido que *Gattamelata*, como éste, compañero de armas de Sforza y cuyo nombre conocen todos los escultores del mundo: *Colleoni*.

Pero débese conceder á Donatello, aun siendo su obra inferior á la del maestro de Leonardo de Vinci (no de Miguel, como quieren algunos, pues el de éste fué el Ghirlandajo), la gloria de haber sido el primer escultor del Renacimiento que concebía y modelaba una estatua ecuestre; observación que el propio artista hizo á la República Veneciana, cuando ésta al encargarle de la obra le proponía un precio y un plazo. Realmente, limitada hasta entonces la estatuaria á la decorativa de retablos, de fachadas de templos, á imágenes de santos ó bajos relieves, é inspirado este arte por el sentimiento religioso que le imprimía determinado carácter hierático ó idealista por lo que á la expresión se refiere, y de muy limitadas dimensiones; acometer un trabajo que, rompiendo todos estos moldes, todos los preceptismos de *trecentista* y *quattrocentista*, recabase para el arte escultórico la libertad que tuviera en los días del paganismo griego y romano, es bastante para inmortalizar el nombre de un artista, aun cuando no hubiese alcanzado el dominio de la plástica como Donatello. Así pues, la estatua ecuestre de *Gattamelata* debe mirarse, no tan sólo como obra maestra de la escultura en los albores del Renacimiento, sino como el primer jalón echado para que sobre él se irguiese, en el transcurso escaso de sesenta ó setenta años, el grandioso edificio que en aras de la verdad y de la belleza habían de construir los Vinci, los Miguel Angel, los Rafael, los Ticiano y tantos otros artistas que, siguiendo las huellas de los Donatello y Verocchio, habían de lograr al cabo de siglos y siglos animar la forma naturalista de los griegos con el sentimiento é inspiración del cristianismo.

R. Balsa de la Vega

EL BRUCH

(Véase el grabado de la primera página)

Tantas cuantas veces se conmueven los más profundos fundamentos de un pueblo sumido por largo espacio de tiempo en la esclavitud y la ignorancia, surgen de él monstruos y héroes, prodigios de virtud ó amasijo de crímenes, porque si bien es cierto que no abriga grandes rencores, es en cambio desapiadado en sus venganzas.

Lucha por su libertad é independencia, é incapaz, las más de las veces, para definir los ideales por que muere y le sirven de bandera, presente su destino y combate por la causa de la generalidad. Ejemplo incontestable nos ofrecen las páginas de la historia de nuestra guerra de la Independencia.

La nación española, que tan rudamente se hallaba conmovida por los desaciertos de sus administradores á últimos del siglo XVIII, no pudo humillarse ante la dominación extranjera con que á principios del actual trató de encadenarla el soldado coronado de Europa.

Napoleón, vencedor de Jena, Austerlitz y Marengo, creyó fácil empresa para sus armas victoriosas la conquista de un pueblo sumido en la desgracia por los desaciertos de sus gobernantes. No cumple á nuestro propósito reseñar las torpes maquinaciones

de Bonaparte para llegar al fin que se había propuesto, puesto que hemos de limitarnos á la narración del glorioso hecho de armas que constituye una de las más interesantes efemérides para el pueblo catalán, del que á modo de abundoso manantial brotaron acontecimientos que abrillantan las páginas del libro de la historia patria.

Los catalanes abrazaron la causa del levantamiento general en 1808, á pesar de tener motivos de resentimiento con el gobierno de la nación, puesto que la alianza pactada en San Ildefonso con el emperador empobrecía al Principado. El odioso sistema continental convenido con el monarca francés, cerraba la salida á las industrias y cegaba para el país sus fuentes de prosperidad y riqueza. Así pues, el descontento crecía y tomaba cuerpo al ver ocupadas por los franceses las principales fortalezas, rebelándose el amor patrio humillado y la dignidad herida ante los actos de verdadero despotismo que con sobrada frecuencia cometían los generales del emperador.

Si los madrileños hubieran demostrado entusiasmo por aquella dominación, así como fueron los primeros en lanzar el grito de guerra, no hubieran podido contener los catalanes su encono contra ellos; pero la capital de la monarquía fué la primera en arrojar el guante al coloso del siglo, y el glorioso *Dos de Mayo* fué á modo de la campanada de *somatén*, que levantó en armas al pueblo catalán.

El general Duhesme, que se hallaba posesionado de Barcelona con 14.000 hombres del ejército francés, dispuso que Schwartz, con 4.000 de todas armas, saliera para reforzar la guarnición de Zaragoza, y que al paso castigara á los habitantes de Manresa, que se habían insurreccionado quemando sus proclamas. Al efecto debía imponerles una contribución de 75.000 francos, y apropiarse cuantos objetos de mérito ó valor existiesen en aquella desgraciada ciudad.

La división francesa salió de Barcelona el día 4 de junio y llegó el 5 á Martorell, en donde se detuvo á causa de un fuerte temporal que sobrevino, dando lugar, con la demora, á que se esparciera por todas partes la noticia de su marcha. Alarmáronse súbitamente los pueblos, á medida que se aproximaban los enemigos, é Igualada y Manresa hicieron resonar la terrible campana del *somatén*, que puso en movimiento á todos los habitantes de aquellas comarcas. A su lúgubre y siniestro tañido acudieron los vecinos, particularmente en Manresa; y como carecían de armas y municiones, proveyeron á su necesidad utilizando hasta los útiles é instrumentos de trabajo y convirtiendo en balas las varillas de hierro de las cortinas. Con tan escasos medios y la abundante provisión de pólvora, almacenada en sus molinos, juzgáronse invencibles. Mauricio Carrió, el mismo que pocos días antes había quemado las proclamas francesas, convirtiéndose en caudillo, y al frente de su abigarrado cuanto reducido ejército salió de la amenazada ciudad, decidido á oponerse al paso del invasor, tomando posiciones en el Bruch, al pie de la montaña de Montserrat, en el punto conocido por *Casamasana*, ó sea en la confluencia de las carreteras de Igualada y Manresa. Allí acudieron también los contingentes de los distritos de Igualada, Calaf, San Pedor, Sallent, Cervera, Cardona y Solsona, esperando, llenos de entusiasmo, la llegada de un enemigo poderoso por su número, armamento y disciplina.

Ajeno al peligro que le amenazaba, salió el general Schwartz de Martorell en la mañana del día 6, marchando cual si cruzara un país amigo. En esta creencia llegó al Bruch, cuando una lluvia de balas, salidas de entre los árboles y las rocas, hízole comprender cuán fatal había sido su confianza. Tan inesperada fué la acometida, que obligó á retroceder á la vanguardia. En esto oyóse el ruido producido por una caja de guerra que llevaba uno de los paisanos que precedía al *somatén* de San Pedor, y ante el temor de que fuesen tropas regulares, dispuso Schwartz la retirada, que si bien fué ordenada al principio, convirtiéndose en vergonzosa fuga al verse acometida la columna por los flancos y retaguardia, degenerando en completa derrota á su paso por Esparraguera, que horas antes había cruzado como conquistador. El vecindario de este pueblo, imitando el arrojo de los valientes del Bruch, disputóles el paso, dió al vuelo la campana de alarma, é interceptando su única calle, arrojó desde las ventanas de las casas sobre los soldados del emperador una lluvia de piedras, ladrillos y cuanto venía á mano. Por fin llegó á Barcelona en la mañana del día 8 la derrotada división, con pérdida de un águila, siete piezas de artillería, cajas de municiones, armas y muchos bagajes.

Profundamente irritado el general Duhesme con semejante suceso, hizo regresar de Tarragona á Chabran, á quien antes había enviado para apoyar con

su división al ejército que operaba sobre Valencia, y ordenóle salir el 13 con su división y la de Schwartz para tomar venganza de los defensores del Bruch, incendiando á su paso las poblaciones del tránsito, que eran abandonadas á su aproximación por sus moradores y en las que cometían todo género de tropelías.

Llegado que hubieron al Bruch, creyeron ambos generales anonadar á los catalanes, disponiendo una nueva acometida con las numerosas fuerzas que acudían; pero aquellos valientes habíanse fortificado, y apoyados esta vez por 400 voluntarios de Lérida á las órdenes del bizarro coronel Baget y cuatro piezas de artillería, esperaron serenos el ataque. Repetidas veces las tropas francesas atacaron las posiciones con indecible arrojo, mas fueron siempre rechazadas. Chabran, cubierto de ignominia, como Schwartz ocho días antes, tuvo al fin que retirarse perseguido y hostilizado hasta muy cerca de Barcelona por los somatenes, que le causaron numerosas bajas y le quitaron cuatro piezas de artillería.

La insurrección hízose entonces general en Cataluña, cuyos habitantes trataron de imitar á los heroicos defensores del Bruch, pudiendo afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que el espíritu de independencia alentó constantemente á los indómitos catalanes, según tuvieron ocasión de conocer sus enemigos en la desastrosa guerra que en nuestra región sostuvieron por espacio de seis años, sin que un solo momento decayera su ánimo, á pesar de los reveses de fortuna que desgraciadamente experimentó la causa nacional en tan azarosa época.

A. GARCÍA LLANSÓ

RECUERDO DE LOS JUEGOS FLORALES

EN BARCELONA

(Véase el grabado de la página 405)

Como todos los años, el primer domingo del pasado mes de mayo se celebró esta poética fiesta en nuestra capital en el espacioso salón de Contrataciones de la Casa Lonja, artísticamente adornado con bellos tapices, banderas, gallardetes y profusión de plantas y flores.

No es nuestro ánimo describir detalladamente dicha fiesta, sobrado conocida de todos los barceloneses en los treinta y ocho años que viene celebrándose después de su renovación, así como de los habitantes de otras capitales de España por las fiestas análogas que en ellas se organizan en determinados períodos.

Nuestro objeto se reduce á llamar la atención acerca del grabado que á aquélla dedicamos, reproducción de una preciosa composición alegórica hecha por los distinguidos fotógrafos A. y E. Fernández, más conocidos con el nombre de *Napoleón*, y en la cual descuellan los retratos de la reina de la fiesta y del poeta premiado con la flor natural que en uso de su derecho tuvo el buen gusto de elegirla.

Esta dama es la señora doña Pilar de Puig de Fonsdeviela, marquesa de la Torre, que ocupó entre aplausos el sillón presidencial; aplausos otorgados por los hombres á su simpática y arrogante figura y por las señoras á la elegancia y distinción con que lucía su hermoso traje. Consistía éste en rico vestido de raso de color verde Nilo claro, brochado de flores de lila; cubría su cabeza la airosa mantilla española de blonda blanca, y lucía en ella un penacho de valiosos brillantes, en la garganta un collar de las mismas piedras preciosas, y en pecho, brazos y dedos otras muchas joyas de gran valor intrínseco y artístico. Por todas estas condiciones, la reina de la fiesta ocupaba dignamente su preeminente sitio.

El poeta laureado, cuyo retrato aparece en la mencionada fotografía, es D. Aniceto de Pagés de Puig, que en el certamen de este año ha alcanzado dos premios ordinarios y uno extraordinario por sus composiciones *Resignació*, *Retorn* y *L'Anticrist*. La lectura de cada una de ellas fué recibida por el público que llenaba todos los ámbitos del salón con ruidosas palmadas; pero el entusiasmo subió de punto al escuchar las vigorosas y patrióticas estrofas de la segunda de dichas poesías, al final de cada una de las cuales estallaba una tempestad de aplausos, dándose el caso, lisonjero para el autor y nunca visto en los Juegos florales de Barcelona, de tener éste que subir cinco ó seis veces al estrado, llamado por los concurrentes, para darles las gracias por las clamorosas muestras de aprobación que su composición les merecía.

No han sido estos los primeros premios que el señor Pagés ha obtenido en tales certámenes; en 1869 y en 1877 alcanzó otros, y como además en 1875 ganó el ordinario de la *Viola d'or* y *argent* por su

poesía *Cant de Salomé*, ha sido este año proclamado, con arreglo á reglamento, *Mestre en gay saber*.

El talento poético del Sr. Pagés le hace merecedor de esta apetejada distinción.

DESENCANTO

Suele decirse con frecuencia, y aun está aceptado como aforismo indiscutible, que *quien escucha, su mal oye*; refrán que, según enseña la *Academia Española*, «reprende á los demasiado curiosos y amigos de oír lo que hablan otros.»

Aunque no esté yo muy seguro de la exactitud del aviso, me parece muy acertado el consejo, pues eso de andar por detrás de las puertas atisbando lo que otros hacen y escuchando lo que hablan, huele que trasciende á espionaje y justifica esta conocidísima moraleja del poeta festivo:

«Es la curiosidad un vicio feo
del que debes huir, ¡oh Timoteo!»

Por eso, porque nunca tuve afición al oficio de espía, ni hallé gusto en averiguar lo que no me interesa, ni quise enterarme de lo que no me importa, jamás escucho á los que cerca de mí hablan. Y ocasiones hay en que ni aun oigo á los que á mí se dirigen.

Me ocurrió, no obstante, una vez — hace de esto unos treinta años; no vayan ustedes á figurarse que les hablo de ayer mañana — entrar en la redacción de un diario, en el que yo, por aquel entonces, colaboraba, y quedarme profundamente dormido, después de haber examinado gran número de periódicos franceses para enterarme de lo que acontecía por Europa; porque los asuntos internacionales eran parte muy principal de mi negociado.

Lo de quedarme profundamente dormido tiene sencilla explicación.

Yo, entonces, era ¡ay! joven y amigo de divertirme, y hasta *hacía el amor*, si la ocasión se presentaba, que sí solía presentarse; y como las tareas periodísticas me tenían ocupado hasta la madrugada, pasábame las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio: éstos, para divertirme, y para trabajar, las otras.

Algunas veces la fatiga y el sueño me rendían, y la que ahora recuerdo fué una de ellas.

Anocheaba; había yo traducido algo de *L'Indépendance belge* y de *Le Temps*; la luz natural había disminuído mucho y era necesario esperar á que el mozo de la redacción, cumpliendo deberes de su cargo, llevase las bujías y las lámparas de petróleo; que — por aquellos tiempos, en que no se hallaba tan vulgarizado (ni casi era conocido) el empleo de la electricidad para alumbrado y calefacción — constituían el lujo más refinado en las redacciones bien montadas.

En espera de que la luz *se hiciera*, me acomodé como pude en una butaca y, ya lo he dicho, me quedé dormido; la obscuridad cada vez mayor y el profundo silencio del recinto convidaban á ello.

De aquel sueño dulce y reparador vino á despertarme bruscamente el desapacible ruido de varias voces destempladas.

Algunos minutos pasaron antes de que me diese yo cuenta de lo ocurrido. Era ya completamente de noche; yo seguía solo en la sala; pero á la imprenta iban llegando unos en pos de otros, los tipógrafos para dar comienzo á sus labores ordinarias. Durante mi sueño, era evidente que el mozo de redacción, ó si lo preferían ustedes, *el ordenanza*, como lo nombrábamos para dar más relieve á sus humildes funciones, había entrado, había dejado encima de las mesas de la redacción sendas lámparas, y en la del director el candelabro con cuatro bujías.

Pero ó porque no advertí mi presencia ó porque me hallé entregado al sueño, juzgó prudente dejar la habitación como estaba, á obscuras.

Es de notar que á la redacción y á la imprenta las separaba sólo un sencillísimo tabique, á través del que podía oírse perfectamente en cada una de las habitaciones cuanto en la otra se hablase, aunque fuese en voz baja.

Cuando, bien despierto y bien despabilado, me dí cuenta de todo esto, quise avisar á mis vecinos de que no estaban solos, con el piadoso fin de no cometer involuntariamente una indiscreción; pero en el momento mismo en que iba á realizarlo, oí que alguien pronunciaba mi nombre, y — lo confieso ruborizado y arrepentido, y con propósito firme de la enmienda — una curiosidad invencible que se apoderó de toda mi persona, dominó mi voluntad y me condujo la voz en la garganta.

Callé y escuché; y, por cierto, lejos de oír mi mal — como el refrán dice, — oí algo que me lisonjeó lo que ustedes presumirán cuando conozcan el diálogo, que fué poco más ó menos el siguiente:

— Fulano (*este fulano* era mi persona), ese, ese sí



RECUERDO DE LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL PRESENTE AÑO EN BARCELONA

Composición alegórica por los Sres. A. y E. Fernández (dits Napoleón)

que escribe como pocos. Para mi gusto es lo mejor de la casa. Toma, y si me apuráis un poco, de fuera de ella. Habrá quien le iguale; quien lo haga mejor, no lo hay.

— Sí, que Menganito es manco (ese Menganito era un compañero de redacción).

— No; no por cierto. Escribe admirablemente; pero no llega al otro, ni con mucho.

Entablóse en seguida acalorada discusión sobre si era *Menganito* ó era yo quien mejor escribía. Y observé que si el asunto se hubiera puesto á votación, habrían obtenido la victoria, con mucha ventaja, mis partidarios.

Saboreaba yo con deleitación inefable aquel triunfo, tanto más halagüeño cuanto más inesperado y más espontáneo, y me decía á mí mismo: «Ya se sabe que los obreros tipógrafos, lo mismo los simples cajistas que los regentes, ni presumen de literatos, ni son críticos; pero de ordinario son personas ilustradas.

»Su profesión misma los pone en contacto y los hace tratar con hombres eminentes en literatura y en política, en las ciencias como en las artes; y en este comercio incesante de ideas, adquieren todos una gran cultura y llegan hasta depurar su gusto, y sucede que estas opiniones sinceramente manifestadas son de peso y tienen positiva autoridad, y por eso me halagan tanto.»

Mientras barajaba yo en mi espíritu estas consideraciones, que llevaban camino de dar al traste con mi modestia, continuaban charlando mis colaboradores sobre el mismo tema.

— Para escribir bien, dijo una voz burlona, Emilio Castelar...

— ¡Oh, oh, oh!, chillaron, en son de protesta, varias voces.

— No, gritó otro, imponiéndose á todos; no saqueemos á plaza á los maestros; los grandes escritores, es cosa sabida, todos escriben mal; y cuanto más grandes, peor.

— Eso es exacto, dijo el que tanto me había elogiado; ya se sabe que los que escriben mejor son siempre los *maletas*. Pero á mí, compadre, déme usted letras claras, como la de Fulano (*¡mi nombre!*) y no confusa como la de Castelar y otros personajes. Ya sé que en las cuartillas de Fulano (ese Fulano seguía siendo yo), he de aprender poco, ¿qué va á decir ese bobo que yo no sepa?; pero también sé que la leo de corrido y que trabajo menos.

Al oír esto, confieso que se me cayeron los palos del sombrero.

Y fué un bien para mí aquel doloroso desencanto; porque me curó radicalmente la vanidad que empezaba entonces á metérseme de rondón en el alma.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

GRANDEZA HUMANA

I

Gartus era un fantasmón que vivía en el ánimo de sus súbditos como el diablo en el de las almas cándidas: aterrorizándolas.

«¡Noche nefasta aquella! — contaban los padres á sus hijos, después de cerciorarse de que nadie sorprendería su relato. — Los elementos luchaban sobre la tierra; llovía á mares, silbaba el huracán, tronaba el cielo y abríanse las nubes con ramalazo de deslumbrante luz. En tal noche, una horda de gente perulularia y hambrienta, capitaneada por Gartus, sorprendió la guardia de palacio y asesinó al rey, un rey modelo que se pasaba las horas muertas ensayando la quiromancia. La horda hubiera sacrificado también á Albio, el heredero á la corona, si un viejo servidor no le salva huyendo con él á campo travieso.»

Gartus, después de afianzarse en el trono, contentó á los perulularios que le habían ayudado á su encumbramiento, colmándolos de honores y riquezas.

Espantándole cada día más la vista de aquellos actores y testigos de su regicida acción, que constituían su corte, fué poco á poco y de manera astuta eliminándolos del libro de los vivos: así, el crimen primero es la piedra angular sobre la cual la inquietud del asesino levanta inacabable pirámide de mayores crímenes.

II

¡Grandeza humana, cuán terrible eres si tu pedestal lo formó la ignominia!.. Aquel Gartus, á quien la loca ambición, como caballo desbocado, hizo ir muy lejos, no gozaba ni un momento de paz ni de las riquezas, dulzuras y mando anexos á su menguada realza.

En los ratos en que se veía solo, espantábase de sí mismo, de la sombra que proyectaba su cuerpo, y

cualquier ruido hacía temblar y con medroso recelo su diestra acariciaba el puñal que constantemente traía colgado al cinto.

Cerraba los ojos porque las suntuosidades que le cercaban transformábanse para él en seres de carne y hueso, monstruos que se agitaban con convulsiones epilépticas mientras repetían con voz trágica: «¡Asesino! ¡Asesino!»

Y al cerrar los párpados, convertíase la obscuridad natural en que los ojos se sumían, en claridad rojiza que parecía inundar por dentro el cuerpo de Gartus abrasándose.

Juntaba las manos y veía en ellas la sangre de su rey.

Loco de terror, abría las ventanas de su real aposento y asomábase á ellas extendiendo los brazos como si quisiera que el viento secase la sangre que obsesionaba su espíritu.

Con ojos saltones, con rechinar de dientes y descompasado ademán vociferaba una maldición. Y diera su reino y diera su grandeza por olvidar aquella noche terrible en que triunfó su satánica ambición.

Miraba envidioso al villano que atravesaba la campiña que al pie de su palacio se extendía, verde, esmaltada de flores silvestres, sobre las cuales las orugas, más felices que el rey, se aposentaban pacíficamente.

¡Grandeza humana! Vestido deslumbrante por fuera, despiertas la codicia de la humanidad, que ignora que la mayoría de las veces estás forrado de acero elástico que oprime y oprime el pecho hasta congestionarle.

Desvelado é inquieto, Gartus revolviase en su lecho de príncipe, hundiendo el rostro en la almohada para no ver la sombra fatal que llenaba todo su palacio, toda la ciudad, todo el reino. Para disipar tal sombra era preciso perder la razón ó la vida... Y á ésta quería aún el miserable, en la esperanza de que sus terribles antojos pasarían al cabo del tiempo, como, sin hacerle mella, pasan las olas por encima del buque naufrago.

Pero la conciencia no naufraga. Es buque que cuanta más carga de liviandades encierra, camina más rápido.

III

Era el tigre herido que se revuelca de dolor, y de pronto se arroja sobre cualquier presa y en ella sacia su feroz rabia, su insano instinto de sangre.

Nunca el reino estuvo más tiranizado, nunca más medrosos los vasallos.

Gartus parecía querer vengar en los demás la angustia que en él vivía.

Por la fuerza conquistó una esposa que era como rayo celeste personificado en una azucena.

El cielo, de donde vino, la redimió pronto del pantano en que cayera.

Gartus tuvo de aquel rápido matrimonio un hijo.

La vez primera que se lo presentaron envuelto en riquísimos pañales, sintió miedo horrible que le hizo palidecer.

«¡Es el retrato de Albio!» tartamudeó extendiéndole las manos hacia el inocente para no verle.

No se parecía en nada el primogénito á aquel otro cuyo paradero se ignoraba; pero el remordimiento es un mago que con terrible ironía trueca á los ojos de sus esclavos la realidad de las personas y de las cosas.

Gartus no quiso ver más á su hijo y le envió al cuidado de un chambelán á muchos cientos de leguas.

El terror le hacía desterrar lo que más debía querer en el mundo.

IV

Amaba la tempestad porque parecía calmar aquella otra latente en su alma: gustaba del retumbar del trueno y del devastador soplo del huracán: éste le refrescaba las sienes ardorosas; aquél llenaba su oído de sonoridades que parecían ahogar la otra fatídica de su miserable grandeza.

Apoyados los codos sobre la balastrada que cerraba el terrado de la real mansión, Gartus contemplaba embebido las lúgubres sombras que por doquier le rodeaban: sombras que al rasgarse como tenebres velos, dejaban ver por un segundo la ciudad y el valle vivamente iluminados... Luego, corríanse otra vez los sombríos tules.

Caía á torrentes la lluvia, y Gartus, insensible al agua que empapaba sus vestidos, aspiraba el olor á tierra húmeda con la voluptuosidad con que jamás aspiró los aromas que se quemaban en su palacio.

Así visto, á la luz de los relámpagos, parecía una

sinistra figura que sirviera de remate á los pilares de piedra de la balastrada.

Permanecía quieto, inmóvil, frío, mirando con la atención de un vigía la ciudad que á sus pies dormía.

La tormenta del cielo fué adquiriendo mayor fuerza: sucedíanse sin interrupción los relámpagos, tableteaba el trueno y en los cóncavos valles parecía desgajarse la tierra; redoblaba la lluvia rebotando furiosa sobre las piedras de la real mansión y las lagunas que antes formara en la campiña.

No, no era sueño: había oído cerca de sí una voz que le llamaba. Y en seguida sintió posarse sobre su espalda una mano.

Volvióse rápidamente entre airado y medroso, y al ver ante sí á un joven que respetuosamente le hacía una reverencia, se estremeció, y alzando los brazos al cielo gritó con espanto:

— ¡Albio!.. ¡Huye!..

Los ojos parecían querer saltársele de las órbitas. — ¿Qué dices?, replicó el intruso. Yo no soy Albio... Soy tu hijo y vengo á salvarte.

— ¿Salvarme?.. ¿Mi hijo?..

— Sí; escucha: Desde niño he vivido alejado de ti...

No te conocía... He preguntado sin fin de veces al servidor que pusiste á mi cuidado quién era mi padre, y me contó que un rey poderoso, pero de carácter sombrío, adusto... Quise conocerte, mas el servidor me rogaba esperase tu venia para regresar á palacio. Esperé un año y otro y otro, y no pudiendo ya resistir más el deseo, huí... La providencia hizo que en el camino tropezara con otro viajero joven como yo. Hablamos largamente, simpatizamos, creció entre nosotros el afecto, y una noche en que hicimos alto en una posada, vi que en ella era esperado mi amigo por una porción de señores... Ni ellos me conocían á mí ni yo á ellos... Quise retirarme; pero mi camarada, al que nunca dije quién yo era, me rogó asistiese á la reunión que tal vez fuera útil á los acuerdos que en ella se tomasen... Y fuí oyente, ¡con horror lo confieso!, de lo que nunca quisiera haber oído. Los señores que había en la posada eran nobles desterrados por ti al ocupar el trono, y mi compañero de viaje, Albio, el hijo del buen rey á quien tú asesinaste, padre.

El joven hizo pausa en su relato.

Gartus respiraba trabajosamente.

— Y en esa reunión... ¿se acordó?.., dijo sin atreverse á terminar la frase.

— Matarte, como tú mataste á Gorio.

Aquellas lúgubres palabras anonadaron á Gartus; pero repuesto de la emoción, se llevó las manos á las sienes, que parecían querer saltársele, y exclamó con voz cuyo eco dominó los de la ruda tempestad:

— ¡Matarme!.. ¡Imbéciles!..

— No perdamos el tiempo, indicó con impaciencia el mensajero. De un momento á otro llegarán aquí los enemigos...

— Los recibiré, y ¡por Dios! que han de tener un inesperado recibimiento, replicó con calma aterradora el rey.

— ¿Qué intentas?..

— No lo sé: algo horrible que me resarza en parte de las amarguras que el reinar me cuesta... Porque nadie en el mundo puede sospechar el animal torturador que en mí vive... Hijo, tú solo vas á saberlo... Constantemente siento aquí, dentro del pecho, como nido de arañas que no me deja sosegar... Dentro de mi cabeza parece estar oculto un mazo de acero que golpea á todas horas la frente, el cráneo... Mis súbditos me odian y yo los odio también porque la grandeza mía vale menos que la miseria del último de ellos... No vivo, no sosiego... En nada encuentro goce... El sol se me antoja un círculo negro, y sus rayos al tocar en mí quemam mis carnes... Leo en los ojos de todos un anatema, y las sonrisas — aun las más inocentes — las tomo como muecas irónicas á mi grandeza... Y es que la grandeza mía viene á ser playa constantemente cubierta por la ola del crimen.

— ¡Huyamos!, insistió el joven con acento de súplica.

— ¿Oyes?, advirtió el rey.

— Sí..., gente se acerca.

— Ya están ahí. Vienen á prenderme.

— Ocúltémenos...

El ruido de pasos hacía á cada momento más perceptible.

— ¡Padre!, gritó el joven corriendo hacia Gartus, que intentaba saltar al abismo.

— ¡Voy á buscar el descanso!, exclamó con voz ronca el tirano.

Al llegar el hijo á la balastrada, resonó un ¡ay! de imponderable angustia, dominando por un instante el fragor de la tempestad...

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

Las carreras de caballos en Italia. - Milán es sin disputa la ciudad que en Italia cuenta más aficionados á este sport. Allí, en las carreras *á galope*, es donde se disputa el gran premio anual de 50.000 liras, ganado este año por *Sansonatta*, y en las carreras *al trote* ejerce también la primacía, como lo prueban las celebradas este año, siendo el premio del vencedor la cantidad de 25.000 liras.

Estas segundas carreras han tenido efecto el primer domingo de mayo en el Hipódromo de la plaza Doria, completamente lleno de espectadores, que á pesar del mal tiempo aguardaban impasibles el resultado de la lucha. Las carreras *al trote* requieren cinco ensayos ó tentativas, á cada una de las cuales se va eliminando el ó los caballos que no pueden medirse con sus contrincantes ó que pierden aquel paso para convertirlo en otro más acelerado, de suerte que en el último ensayo sólo suelen quedar dos ó tres.

La lucha en esta ocasión ha sido empeñadísima y el público ha seguido con ansiedad y agitación todas sus peripecias. Al fin quedó el triunfo por el caballo *Demone*, propiedad del cav. Giuseppe Rossi, uno de los mejores *drivers* italianos, quien lo guió con férrea mano. Este caballo es el segundo vencedor del gran premio de Milán desde que este premio se fundó; el primero lo ganó el año pasado el caballo *Caspio*, del mismo Rossi.

Gracias á la diligencia del Sr. Smuzzi, de Milán, podemos incluir en este número dos grabados referentes á esas interesantes carreras; uno que representa el caballo vencedor guiado por su propietario, y otro la vista interior del Hipódromo en el momento de la partida de los caballos matriculados para la primera prueba de competencia.

Primera comunión, cuadro de José Gallegos.

- Asunto es el escogido por el notable pintor español sumamente simpático y á propósito para que un artista haga gala de su inspiración y su talento. En la gótica capilla del Santísimo Sacramento de un templo envuelto en la penumbra, un grupo de inocentes niñas, vestidas de blanco lino y coronadas de azahar, se acercan al altar para recibir el pan de los ángeles que un anciano sacerdote, revestido de ricas y sagradas vestiduras, les va dando con religiosa unción. Presencian la solemne ceremonia con severo recogimiento las madres ó parientes de las tiernas criaturas, conociéndose en la expresión de sus rostros la conmovedora sensación que toda madre experimenta al ver á su hija comulgar por vez primera. La composición de este cuadro está perfectamente entendida; nada discrepa en ella de la sencilla solemnidad del acto, y el que lo contempla no puede menos de identificarse momentáneamente con su mística expresión. Lástima grande que el grabado no pueda reproducir el

colorido que el artista ha dado á su lienzo, pues si así fuera podría apreciarse en todo su valer la nueva obra de arte con que Gallegos ha aumentado su crédito y su fama, que de día en día van tomando más incremento en el extranjero que en su propia patria.

los pueblos de la antigua comarca ausonense, no titubeará en afirmar que así el tipo del arriero como el de la anciana montañesa son trasunto del natural, y por lo tanto acabados estudios en los que el artista ha sabido dar muestra gráfica de sus aptitudes. Los dos tipos son vivo recuerdo, tanto por sus marcados rasgos fisonómicos cuanto por su traje, del antiguo pueblo catalán, que va perdiendo su pureza á medida que las modernas costumbres van invadiendo comarcas y regiones.

Laudable ha sido el propósito del señor Montserrat, á quien aplaudimos sin reserva por la valía de sus dos producciones.

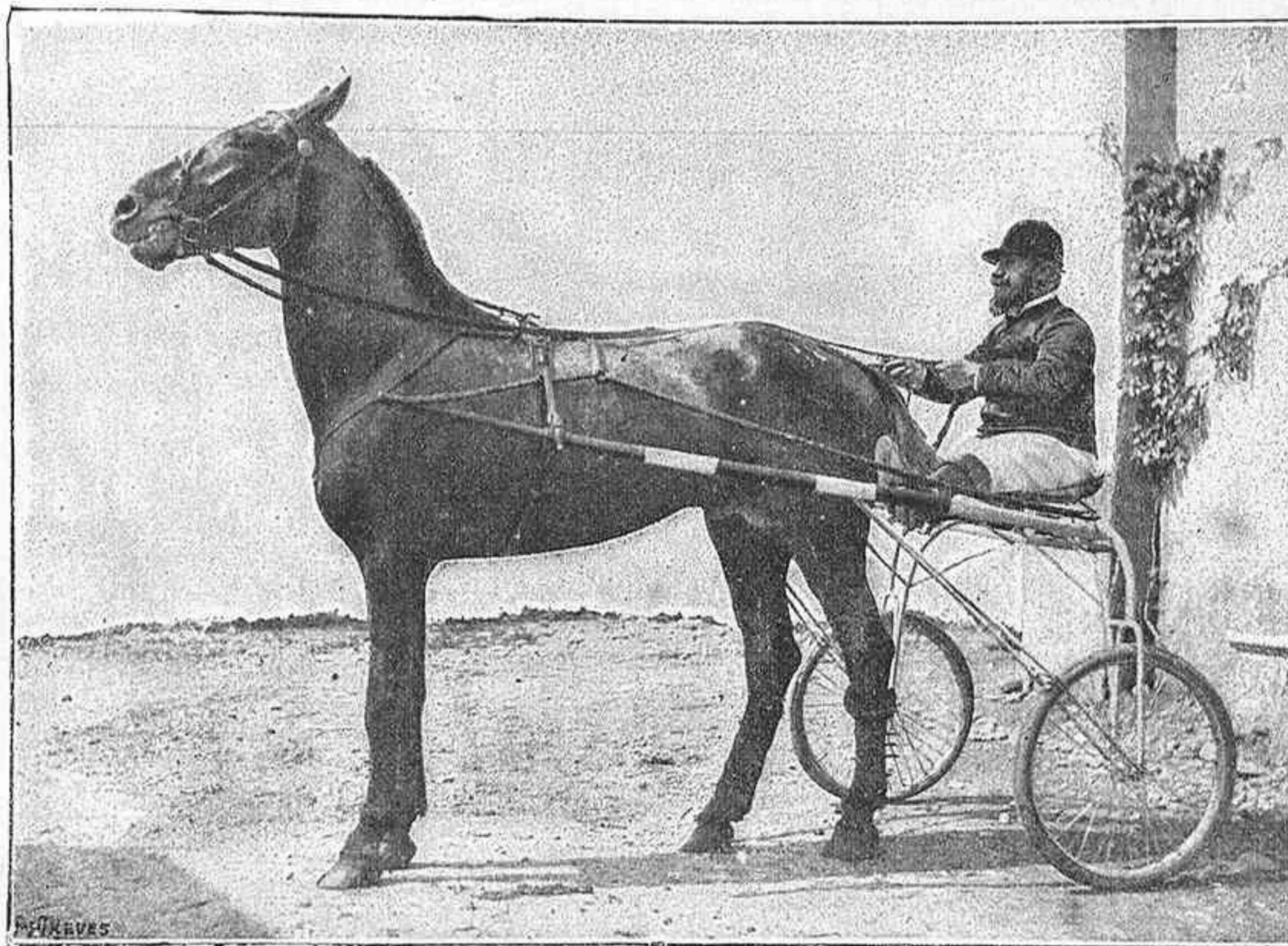
Carruaje de tranvía movido por gas en París.

- Los carruajes llamados automóviles son en la actualidad objeto de atención y estudio universales. Después de un período de dudas y vacilaciones, se han venido á comprender las inmensas ventajas que resultarían de su invención, y merced á las tentativas hechas y á los sistemas ensayados, hoy es cosa resuelta la aplicación práctica de este medio de locomoción. La celebración de la Exposición universal de París en 1900 hace que todos los industriales de aquella capital se ingenien por presentar alguna novedad, y los que se dedican á la construcción de carruajes se esfuerzan por demostrar con algún invento útil la economía que resulta de emplear la fuerza mecánica en la tracción. Para ello se necesitaba dar con un motor fácil y práctico, y este motor se ha encontrado: el gas. No se ha dejado, sin embargo, de tropezar con dificultades para emplearlo, pero á fuerza de pruebas y de perseverancia se han allanado.

La Compañía de tracción por gas en aquella capital fundada ha obtenido resultados que ponen ya fuera de duda el ventajoso lugar que ocuparía dicho fluido en el movimiento de los carruajes automóviles. Uno de los obstáculos con que dicha Compañía ha tropezado ha sido el de resolver el problema de guiar y dar conveniente dirección á los carruajes, pero también ha sido vencido satisfactoriamente, poniendo á disposición del maquinista mecanismos merced á los cuales puede hacerlos avanzar, retroceder ó detenerlos á su voluntad.

El coche que representamos en nuestro grabado de la página 416 ha sido construído por la Compañía de ómnibus de París, y sus ensayos han dado los mejores resultados. Gracias á ellos se ha adquirido el convencimiento de que además se logra el *desideratum* principal de todas las empresas, el de reducir todo lo posible los gastos de instalación, pues no son grandes los que requiere la de los depósitos del gas del alumbrado que, comprimido, se almacena en ellos.

En vista de estas ventajas es de augurar con fundamento que no esté distante el día de la adopción general de los carruajes movidos por el gas hidrógeno carbonado.



DEMONE, CABALLO VENCEDOR EN EL PREMIO INTERNACIONAL DE CARRERAS AL TROTE, celebradas en el Hipódromo de la plaza Doria, en Milán

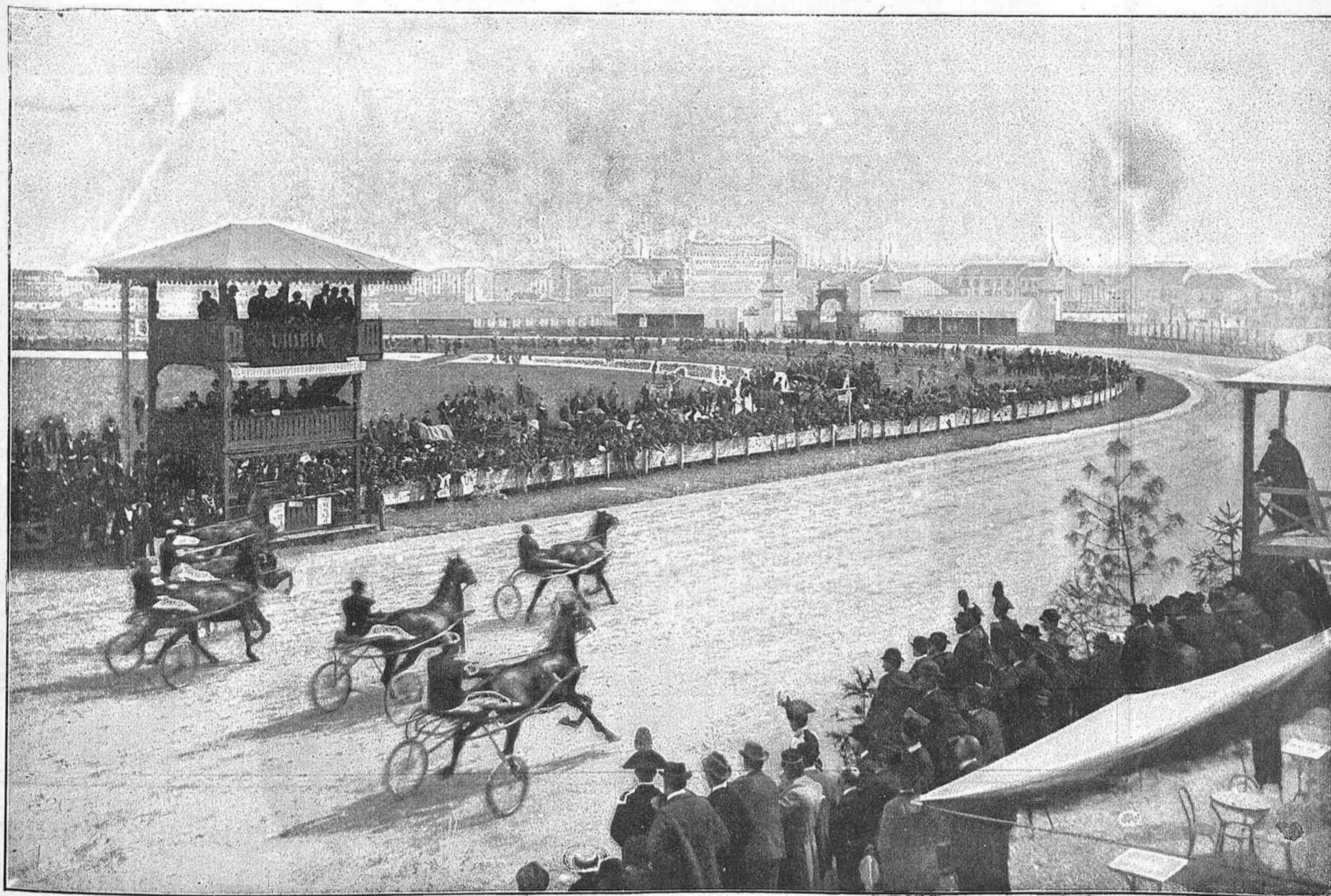
Rvdo. D. Manuel Díaz, estatua de D. José Montserrat, fundida en bronce en los talleres de D. Federico Masriera.

- Próximo á inaugurarse en Las Palmas de Gran Canaria el monumento erigido en aquella ciudad al virtuoso sacerdote Rvdo. D. Manuel Díaz publicamos gustosos la estatua que ha de servirle de digno remate, obra del hábil escultor catalán D. José Montserrat, como muestra de la consideración que nos merece la memoria de aquel dignísimo ministro de la religión y de la simpatía á que es acreedor el pueblo de las Palmas, por haber tratado de rendir un tributo de respeto y cariño á uno de sus más ilustres hijos.

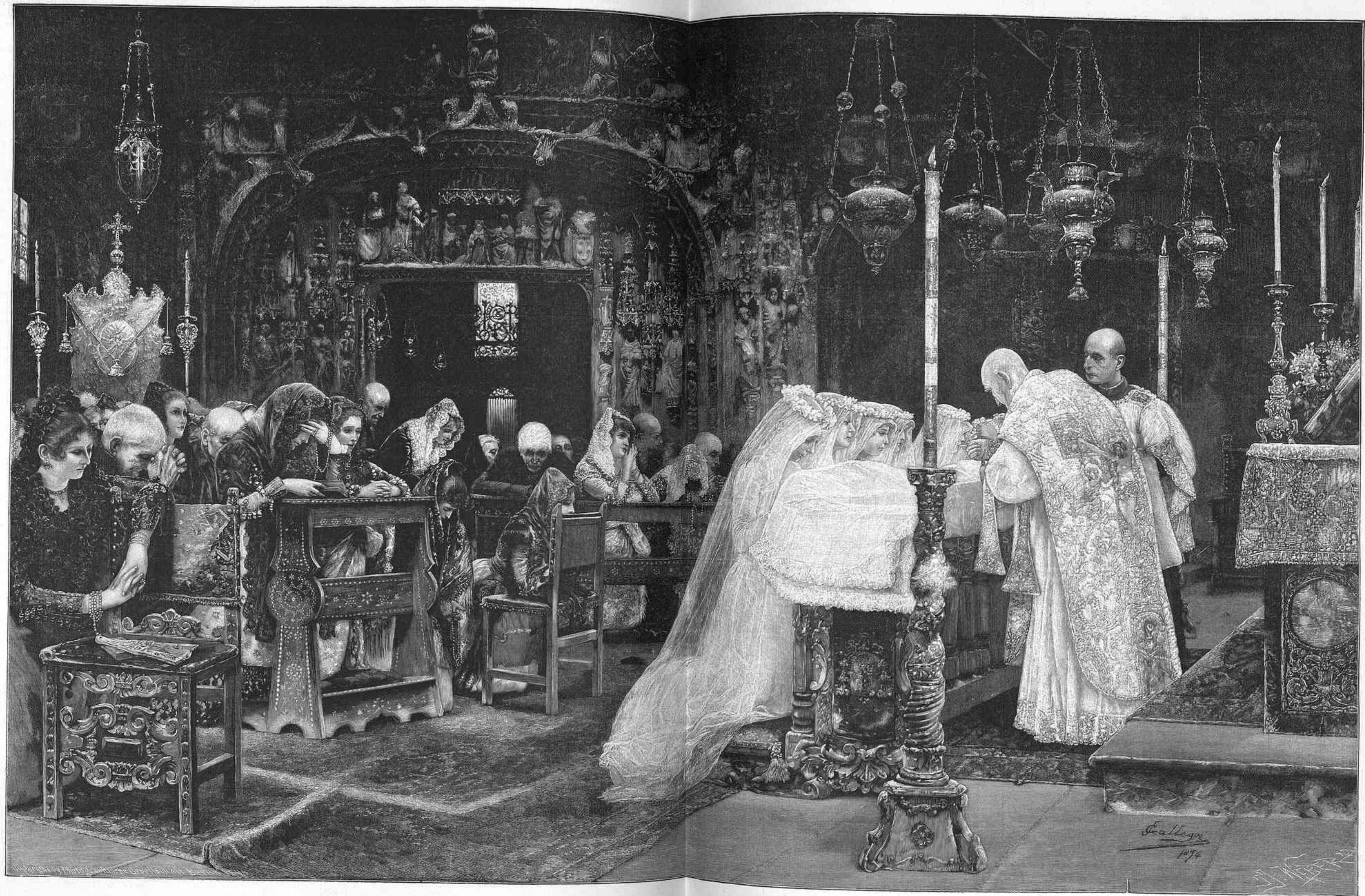
Plácemes merece asimismo el escultor Sr. Montserrat por haber logrado producir una bella obra y el fundidor Sr. Masriera por su feliz reproducción en bronce.

Arriero catalán.-Montañesa catalana, cuadros de Cristóbal Montserrat.

Quien haya recorrido



EL HIPÓDROMO DE LA PLAZA DORIA EN MILÁN. - LA CARRERA DEL GRAN PREMIO INTERNACIONAL AL TROTE ITALIANO (fotografía de Treves)



LA PRIMERA COMUNIÓN, CUADRO DE JOSÉ GALLEGOS, GRABADO POR J. J. WEBER

PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA DE BERLÍN

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - PARIS. - El Museo del Louvre ha adquirido un gran estatu de madera pintada de Jacobo della Quercia, el celebre escultor de Sena á quien se considera como el precursor é inspirador de Miguel Angel. La estatua, de dos meiros de alto, representa á la Virgen sentada con el Niño Jesús en la falda.

BERLÍN. - La Asociación de Artistas berlineses ha resuelto comprar un inmueble en la calle de Bellevue, cerca de la plaza de Potsdam, con el objeto de construir en él un edificio para artistas. El precio de compra es de 850.000 marcos (1.062.500 pesetas). Algunos amantes de las bellas artes han ofrecido ya á la Asociación, para que pueda realizar su plan, varias fundaciones, y los artistas han acogido la idea con entusiasmo y se han comprometido, bajo su firma puesta al pie de listas que se han circulado por los centros artísticos, á entregar obras originales suyas para que el producto de su venta vaya á aumentar el fondo de construcción. La Asociación, por su parte, posee la suma de 400.000 marcos y dispone además de la cantidad de 100.000 marcos que el municipio berlines había destinado á la exposición del jubileo de 1891 y que luego ofreció á los artistas para el caso de que el plan de construir una casa de artistas se realizara dentro de un período de 10 años.

- En el Palacio de Exposiciones, que ha sido restaurado bajo la dirección del arquitecto consejero Ende y que comprende actualmente 19 grandes salones, 37 salas más pequeñas y 11 rotondas, se ha inaugurado solemnemente la Exposición internacional de Bellas Artes correspondiente al presente año. En ella figuran en secciones separadas las obras de los artistas de Berlín, Munich, Dusseldorf (ortodoxos y disidentes aparte unos de otros), Karlsruhe, Weimar, Dresde (ortodoxos y disidentes). Los secesionistas munienses no han concurrido al certamen. También en grupos separados están instaladas las



RVDO. D. MANUEL DÍAZ, estatua de José Montserrat, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera

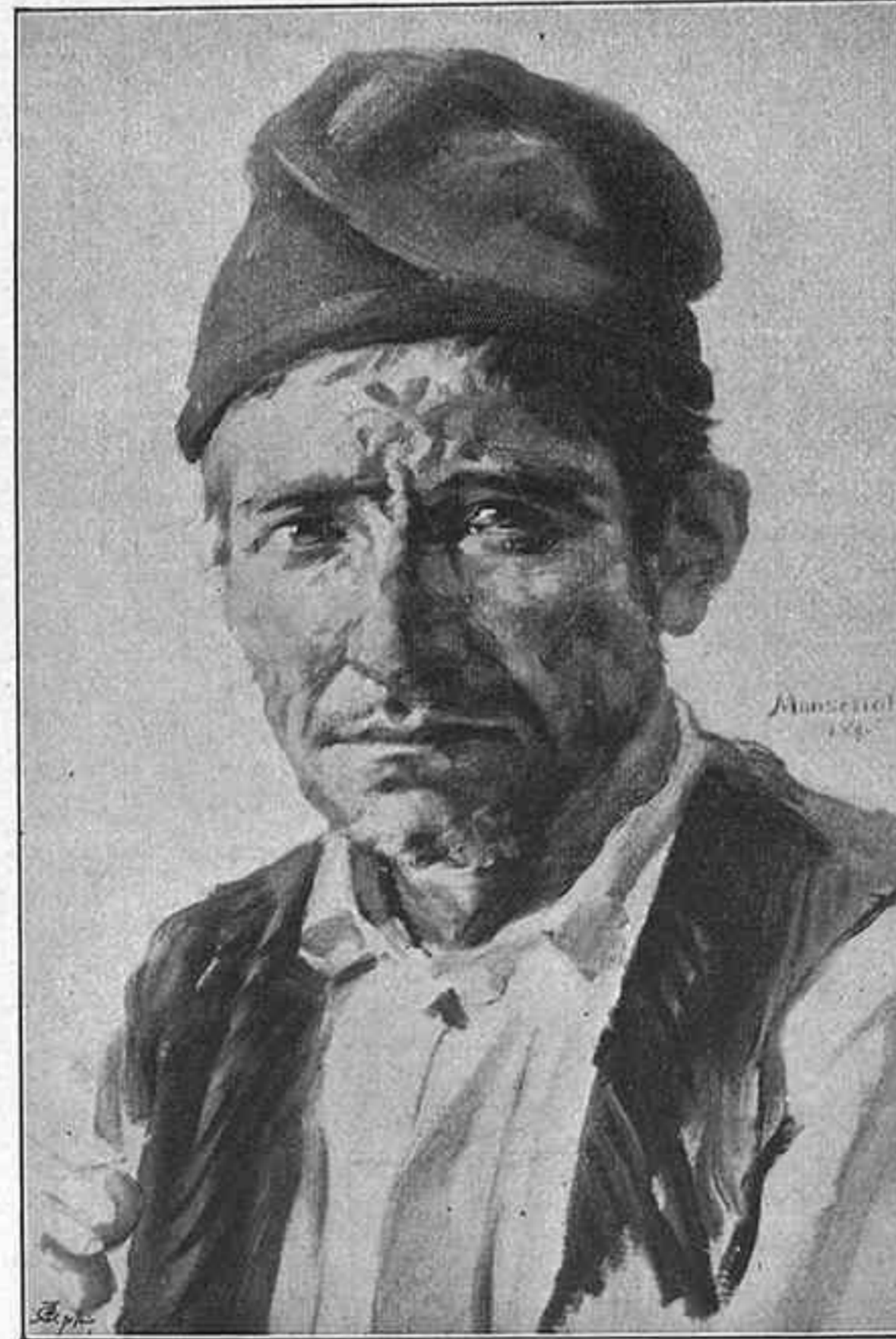
obras de los austriacos, franceses, ingleses, españoles, americanos, italianos, portugueses, belgas, holandeses, noruegos, suecos, dinamarqueses, rusos, suizos y polacos.

- La Academia de Bellas Artes ha inaugurado la exposición organizada con motivo de su jubileo, en la que figuran, colocadas por orden cronológico, obras de los maestros y discípulos, antiguos y actuales, de la misma. Esta exposición ha refrescado el recuerdo de muchos nombres injustamente olvidados, como los de Daeg, Hopfgarten, Dietrich y otros. Entre las firmas más reputadas están allí las de Francisco Adam, Braun, Eberle, Adolfo de Werner, Reinhold Begas, Menzel, Lessing, etc.

- El emperador Guillermo ha terminado dos bocetos que representan la revista que su abuelo, Guillermo I, pasó al primer regimiento de la guardia después de la batalla de Sedán, y el asalto de Saint Privat dado por aquel regimiento. El pintor Carlos Roehling ha recibido el encargo de convertir estos dos bocetos en dos grandes cuadros, y para cumplir mejor su cometido ha ido á visitar los campos de batalla á fin de recoger sobre el terreno los datos necesarios para completar la obra del soberano alemán.

CHICAGO. - En aquella capital norteamericana se ha montado en grande escala una empresa titulada *Hull House Settlement* cuyo objeto es prestar cuadros del mismo modo que hay gabinetes de lectura que prestan libros. El abonado puede tener en su casa cada cuadro 14 días, después de los cuales la sociedad le facilita otros hasta que termina el período de abono.

BRUSELAS. - El gobierno belga ha elevado de 60.000 á 140.000 francos la partida consignada en presupuestos para la adquisición de obras de arte, resolviendo al propio tiempo que con aquella cantidad puedan adquirirse, no sólo obras de artistas nacionales, sino que también de extranjeros que concurran á las exposiciones que se celebren en Bélgica.



ARRIERO CATALÁN, cuadro de Cristóbal Montserrat

VENECIA. - Según dijimos en una de nuestras anteriores misceláneas, se ha celebrado en Venecia la exposición de obras de Tiépolo, conmemorativa del segundo centenario del nacimiento de este gran artista. Para el mejor éxito de la misma han facilitado obras del genial pintor multitud de sociedades, templos y particulares: hasta de la ciudad alemana de Wurzburg, en donde Tiépolo trabajó durante algún tiempo, han sido enviados cuadros casi desconocidos por él pintados y reproducciones fotográficas de sus mejores frescos. La ciudad de Este ha remitido el cuadro que se reputa como el mejor de Tiépolo, *Este librado por la peste*, y el conde de Santarosa su completa é interesantísima colección de aguas fuertes de Tiépolo.

WURZBURGO. - En Wurzburg, como en Venecia, se va á celebrar una exposición de obras de Tiépolo: este ilustre pintor veneciano pintó en aquella ciudad la magnífica escalera del palacio, adornándola con una de sus mejores composiciones decorativas y dejó algunas de sus admirables obras al templo de la corte y á la Universidad de aquella capital.

GÉNOVA. - Se ha inaugurado el monumento dedicado al duque de Galliera, el gran bienhechor de Génova: es obra del escultor italiano Julio Monteverde y representa á la Munificencia entregando algunas monedas á Mercurio, el cual se calza las mitológicas alas para emprender en seguida su vuelo hacia el mar; el pedestal es de granito rosa y lleva en su cara principal un bajo relieve con el retrato del duque. Con este monumento se perpetúa el recuerdo del donativo de algunos millones que el duque de Galliera hizo á su ciudad natal para completar el puerto.

VIENA. - Se ha inaugurado el hermoso monumento á Mozart, obra del escultor Tilgner, que falleció víctima de una apoplejía tres días antes de la inauguración. Mozart, de pie, apoya su mano izquierda en un facistol: la figura, esbelta y llena de juvenil vigor, armoniza admirablemente con el pedestal, en donde se ven algunos grupos de encantadores geniecillos. Un bajo relieve reproduce las dos escenas principales del *Don Giovanni* y otro representa á Mozart niño tocando el piano delante de su padre y de su hermana.

KIOTO. - Los japoneses, para dejar á la posteridad un recuerdo de las victorias que recientemente han conseguido sobre los chinos, han resuelto erigir en Kioto una estatua colosal de Buda: tendrá una altura de 40 metros, será fundida con los cañones cogidos al enemigo y costará un millón de yen, ó sean cinco millones de francos.

PARÍS. - Ya ha otorgado el jurado de la Exposición de Bellas Artes ó Salón de los Campos Elíseos de este año las recompensas que en su concepto han merecido algunos expositores. Muy empeñada ha sido la concesión de la medalla de honor por la Pintura, tanto que han sido necesarias hasta tres votaciones. Por fin las medallas de honor se han otorgado en esta forma:
Pintura. - M. Benjamín-Constant, por el retrato de Mme. W... y de su hijo.

Escultura. - M. G. Michel, por su grupo en yeso policromado *El ciego y el paralítico* y su estatua en mármol *El Pensamiento*.
Arquitectura. - M. Scellier, arquitecto del senado, por el dibujo de su *Monumento del almirante Coligny* y los planos de un «Depósito central de materiales de correos y telégrafos.»



MONTAÑESA CATALANA, cuadro de Cristóbal Montserrat

Grabado. - M. H. Lefort, por su reproducción al agua fuerte del cuadro del Tintoretto *El milagro de San Max*.

En la primera sección, ó sea en la de Pintura, no se ha concedido ninguna primera medalla; en cambio las segundas, terceras y menciones honoríficas otorgadas han sido bastantes, habiendo obtenido una de las últimas nuestro compatriota el Sr. Ganelo.

En Escultura han alcanzado primeras medallas M. M. Gasq, por su bajo relieve en mármol *Hero y Leandro* y Mengue por la estatua en mármol *Medea*.

En Arquitectura no ha habido primera medalla, y en Grabado se ha concedido una á M. Dezarrois.

Entre los escultores premiados con terceras medallas figuran los Sres. Blay y Fábregas, y con menciones honoríficas Calvet y Roselló y Roselló.

Como suele suceder, parece que el fallo del jurado, compuesto nada menos que de 426 votantes, no ha satisfecho por completo á la generalidad.

Teatros. - En Londres ha dado una serie de conciertos con éxito extraordinario la orquesta parisiense que dirige el célebre maestro Lamoureux.

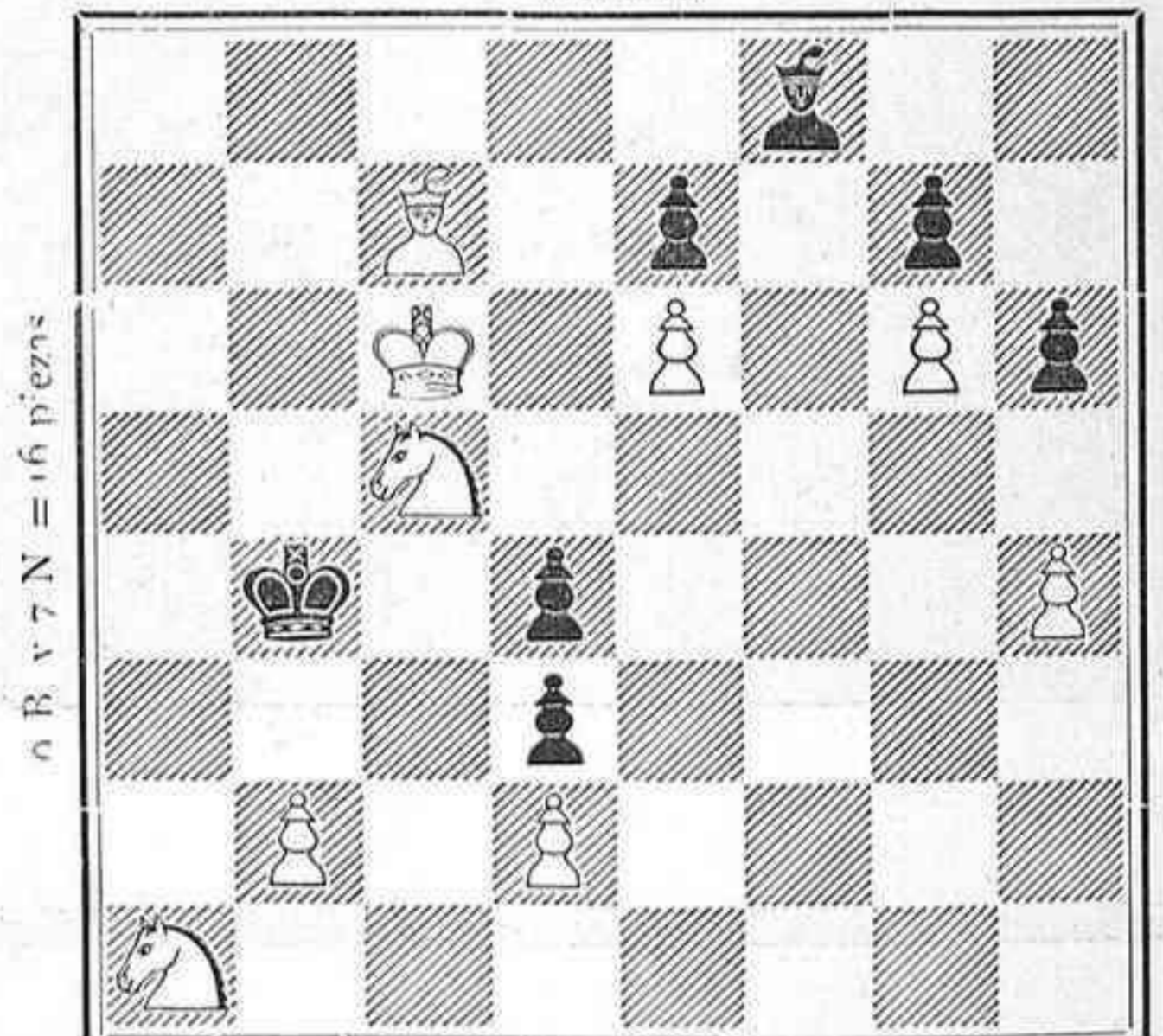
- En el teatro de Montecarlo se ha estrenado con buen éxito la ópera póstuma de César Frank *Ghisela*.

Madrid. - En el teatro de Apolo se ha estrenado una zarzuela en un acto, letra del afamado sainetero D. Javier de Burgos y música del maestro Jiménez, titulada *Las Mujeres*, que ha obtenido el más brillante éxito, pues así el libro como la partitura son verdaderamente notables y se apartan de esos tan trillados moldes del llamado género chico.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 22, POR CELSO GOLMAYO

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 21, POR J. FÁBREGAS

- Blancas. 1. A4D
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. D mate.



Vió entrar á María en la iglesia de San José, y entró también la *Perdigona*, casi pisándola los talones

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Esperó en balde: á las nueve de la noche, ni María ni ninguna mujer habían salido de aquélla.

A las nueve y media la *Perdigona* se marchó desesperada. ¿Tendrían los amantes á otras horas la cita? ¿Habrían concluido ya sus relaciones?

A la sagaz vieja, la contestaba que no el corazón.

Casi todo el día siguiente le pasó en acecho en la plaza de las Salesas. Vió salir á María en una elegante berlina de un caballo, y volver pronto. ¿Tendría la casa del marqués de Criptana otras puertas, además de la única que se veía en la fachada, por las que podría salir de noche la marquesa? Preocupada con esta idea, entró en una tienda de comestibles que hay en la plaza, y con pretexto de tomar una mantecada y una copa de aguardiente (que no la vino mal, porque no había almorzado), dijo en tono indiferente al dueño de la tienda:

— Esa casa del marqués de Criptana tiene buen aspecto, pero ¿es tan chiquita!

— ¿Chiquita? ¡Ca, no señora!, replicó el tendero, es de mucho fondo, llega por detrás hasta la Ronda.

Esto fué un rayo de luz para la *Perdigona*. Ocho minutos después estaba en la Ronda de Recoletos como entonces se llamaba, sonsacando con maña á un hombre que tenía un tinglado de venta de torrados, majuelas y cacahuets. Supo por él que el jardín próximo pertenecía á la casa del marqués de Criptana; que algunas veces, pocas, entraban y salían carruajes por una puerta grande, por lo regular cerrada, que había en la tapia del jardín, y supo que en una rinconada que formaba el saliente de esta tapia había otra puerta pequeña para uso del jardinero y servidumbre.

La vieja buscona examinó con detenimiento esta puerta, que estaba cerrada, y se preguntó: «¿Saldrá de noche por aquí?» Encima de la puerta, en el ángulo que formaba el saliente de la pared, había una especie de mirador con cristales y persianas, de donde, como pudo observar la *Perdigona*, partía un corredor que se prolongaba hacia el interior de la casa.

No echó aquélla en saco roto estas observaciones, y se propuso espiar la susodicha puerta. Aquel día era sábado y tenía que dedicarse al *alfilerazo* semanal que daba al marino retirado en la esquina de la calle de Isabel la Católica; pero al siguiente, desde antes de anoecer, paseando á ratos y á ratos sentada en un guardacantón bajo que había en la esquina de la calle de Argensola, espía la puertecita de la casa del marqués de Criptana.

Su espera no fué de larga duración. Alrededor de las siete, cuando estaban encendiendo los faroles de la Ronda, vió salir por la puerta del jardín á una mujer que torció con algún apresuramiento la esquina de la antedicha calle. La *Perdigona* la conoció en seguida por su modo de andar, y echó tras ella: «¡Con tal de que no tome un coche!» pensó.

Pero María, ó sea la marquesa de Criptana, bajó por la calle de Argensola, tomó por la del Barquillo hasta llegar á la plaza del Rey, y subió por ésta hasta torcer la esquina de la calle de las Torres.

«¿Dónde irá?» se preguntó la vieja espía, apresurando el paso para no perderla de vista. Vióla entrar en la iglesia de San José, por la puerta que da á aquella calle, y entró también, casi pisándola los talones, por recelo de que se la escabullera en aquellos oscuros pasillos.

María entró en la iglesia, se arrodilló un breve espacio de tiempo, y luego se sentó en un banco. Sin perderla de vista, y afectando rezar ante todos los altares, la *Perdigona* registró las capillas, esperando encontrar á Felicio oculto en la penumbra de algún pilar. Pero no se confirmó su sospecha. Momentos después, un sacerdote, acompañado de un acólito, salió al altar mayor, y se puso á guiar el rosario, que la marquesa rezó de rodillas.

«¿Habrás salido sólo á esto?», se dijo la *Perdigona*.

Terminó el rosario, oyóse ruido de llaves que sonaban los dependientes de la iglesia, acompañándole con la frase: «¡Que se va á cerrar!» Los fieles fueron saliendo poco á poco, y María lo hizo por la puerta

de la calle de las Torres, atravesó la de Alcalá y se entró por la del Turco.

«Ya empieza el belén — pensó la *Perdigona*, que la seguía con su nó desmentida tenacidad. — ¿Dónde estará Felicio?»

Comenzó á lloviznar. La marquesa apretaba el paso y se rebujaba en la mantilla. Salió á la Carrera de San Jerónimo, bajó al Prado, y se internó en el jardincillo próximo á la fuente de Neptuno. Al llegar á una plazoleta, salió un hombre de entre la espesura de los árboles, con un paraguas abierto: era Felicio, harto se lo dijeron á la *Perdigona* los violentos latidos de su corazón.

María se apoyó, según costumbre, en el brazo del joven, y ambos echaron á andar en dirección de la calle de Atocha, seguidos, por supuesto, de la incansable vieja.

«¿Qué se proponía ésta con aquel tenaz espionaje, que no ofrecía resultado? A punto cierto ni ella misma lo sabía. Habíase acostumbrado á aquella sensación de celos, de envidia y de curiosidad, que la producía emociones semejantes á las del azar del juego desfavorable. Ausente de Felicio, pensaba en él con cierta benevolencia; pero viéndole al lado de aquella mujer, se despertaban todos sus rencores y hubiera querido anonadarle, con tal de anonadarla á ella. Forjaba planes de venganza que en seguida desechaba por absurdos. ¡Si hubiera estado en Madrid el marqués de Criptana! ¡Si al menos supiera adónde escribirle!»

La lluvia aumentaba, y la enamorada pareja apretaba el paso. Atravesaron la calle de Atocha y salieron á lo que todavía puede llamarse campo. La *Perdigona* profirió una de sus habituales aunque no frecuentes interjecciones, pues temió que los excéntricos amantes tuvieran el propósito de pasear por las afueras, no obstante la mala noche, y la perspectiva de seguirles no era muy agradable.

Afortunadamente para ella, no fué así. Viólos dirigirse hacia el paseo de las Delicias y entrar en una

tienda de la segunda ó tercera casa. Era una lechería de vacas, cuya puerta estaba abierta de par en par. La *Perdigona* se aproximó de prisa, pero con cautela. Toda la tienda podía verse perfectamente desde el exterior, á la luz de un quinqué de petróleo que alumbraba bastante. La vieja espiona miró: en la tienda sólo había una robusta pasiega, que sentada en una silla mecía con el pie la cuna de un niño.

«¡Ah! — exclamó aquélla, haciendo una mueca indescriptible. — ¡Se habrán metido en alguna pieza interior: aquí tienen el tapadillo!»

XIII

«Mándeme usted dinero, sea como sea.» Tal era la frase que D. Joaquín Ponce de la Vega, marqués de Criptana y conde del Egido, solía escribir ó telegrafiar desde París, Londres, Roma ó Baden-Baden á su apoderado en Madrid. El apoderado, que comprendía que toda reflexión era ociosa, dado el carácter absoluto y caprichoso del marqués, buscaba dinero en buenas ó malas condiciones, firmando pagarés, hipotecando ó vendiendo fincas ó haciendas, y se lo enviaba á su principal, lo cual era lo mismo que arrojarlo á un pozo.

La última carta del manirroto caballero estaba fechada en Baden-Baden (en donde todavía se jugaba) y decía entre otras cosas:

«Envíeme usted, pero pronto, cuatro mil duros por lo menos. La ruleta me ha dejado sin un céntimo. Estoy entrampado y no puedo arrancar de aquí.»

A lo cual contestó el apoderado:

«Señor marqués: Acabo de volver de Andalucía, y esto ha sido causa del retraso en contestar á V. E. Como en Madrid y Valladolid ya no *tenemos* nada, y poco menos que nada en Sevilla, y nadie quiere prestar sobre fincas ó predios rústicos, me he visto obligado á vender (malamente) uno de los dos cortijos de Coria del Río para atender al último pedido de V. E.

» Remito, pues, á V. E. veinte mil setecientos francos, y me permito hacerle una advertencia y darle un consejo, que son los siguientes: repito que ya *tenemos* poco de que echar mano, á menos que V. E. no quiera deshacerse de sus casas patronímicas de Madrid y Sevilla (si hubiese quien las comprara) y sería conveniente y hasta se hace preciso que V. E. se dé una vuelta por aquí, á fin de que ajustemos cuentas y vea V. E. de tomar una resolución para lo sucesivo.»

Estas líneas de su antiguo y fiel apoderado, recibidas en Baden-Baden, impresionaron al marqués, aunque no era propenso á impresiones, y determinó volver á España. Había heredado de su padre una pingüe fortuna, consistente en dos casas en Madrid, tres en Sevilla (además de las solariegas), un coto redondo en Castilla la Vieja, y tierras y cortijos en Coria y en la falda de la sierra de Córdoba. Esta masa de bienes, que producía una renta de más de treinta mil duros anuales, se deshizo en cinco años entre las manos del marqués, que la derramó por Madrid y varias capitales de Europa.

A consecuencia de las advertencias de su apoderado, y además sintiéndose fatigado de espíritu y de cuerpo, volvió aquél á la madre patria, deseando descansar, y pensando en el porvenir por primera vez en su vida.

Achaque es en las obras de imaginación el exagerar las cualidades buenas ó malas de los personajes que en ellas intervienen, marcando con luminosos colores ó con sombrías tintas los matices de su carácter; pero yo, en primer lugar, relato una historia, y luego, no quiero faltar á la verdad. Por tanto, diré que el marqués de Criptana tenía, como la mayoría de las personas, grandes condiciones y grandísimos defectos y algo más; pues la mayor parte de las veces, las unas son consecuencia de los otros. A no haber estado subyugado por una pasión de que hablaré más adelante, hubiera sido el marqués un perfecto caballero, en toda la extensión de la palabra. Bondad, aliento generoso, rectitud, respeto á sí mismo, que es la base del sentido moral: todas estas cualidades se aunaban en él realizadas por una superior inteligencia. Era aficionado á lo bueno y á lo bello. Amaba la poesía, la literatura y las artes casi tanto como el lujo y los placeres. Por rara intuición, pues su talento no estaba enteramente cultivado, juzgaba de todo con alto y seguro criterio, haciendo verdadera la frase de Balzac que dice: «que la gente de calidad nace sabiéndolo todo.» Comprendía y prac-

ticaba todas las delicadezas del espíritu y de la forma y era susceptible á todo pensamiento elevado.

Pero al marqués le sucedía lo que á muchos alienados que parecen cuerdos, y son amables, correctos, simpáticos é inteligentes mientras no se les toca á su manía. Prescindiendo de los defectos originarios de clase y de educación, que le inducían á ser pródigo, caprichoso y poco cuidadoso del porvenir, defectos que en él eran hasta cierto punto disculpables, puesto que no tenía obligaciones de familia, sucedíale al marqués lo que á la mayoría de los hombres, y era que estaba dominado de una pasión que se sobreponía á todas las demás. Si la pasión política ó la del juego ó la de la embriaguez ó la de la codicia se enseñorean del espíritu de un hombre, anulan sus buenas cualidades, perturban su razón por muy fir-



Maria entró en la iglesia, se arrodilló un breve espacio de tiempo...

me que la tenga y le inducen á los mayores extravíos. Esta es la historia de muchas sólidas posiciones deshechas y de grandes caracteres caídos. El marqués era libertino y sensual en un grado que pudiera calificarse de monstruoso. Sentía, no el deseo, el ansia de la mujer, y como estaba acostumbrado á satisfacer sus caprichos, la menor contrariedad le irritaba hasta la locura. Cuando deseaba á una mujer apoderábase de él un vértigo que le privaba de sus cualidades de rectitud de juicio y hasta de las nativas delicadezas de su carácter. La pasión le pervertía el entendimiento y la conciencia. Después de sus excesos se avergonzaba de sí propio; pero luego, influido por su lasciva demencia, volvía á incurrir en ellos.

En 1854, cuando advertido por su apoderado, volvió á España, después de una ausencia de cuatro años, tenía treinta de edad, y no obstante la vida disipada que había llevado, conservaba aspecto fresco y juvenil. Era muy moreno, pero de facciones correctas y sumamente agradables. Alto, esbelto, airoso de cuerpo y distinguido de modales, constituía el tipo del verdadero gran señor.

Llegado á Madrid, ajustó cuentas, ó mejor dicho, oyó las que su apoderado le relataba, persuadiéndose, no sin cierta inquietud, del mal estado de su fortuna. Pero acostumbrado á sólo pensar en placeres y devaneos, abrevió cuanto pudo aquella enojosa conferencia, y encomendando su espíritu, esto es, los restos de su riqueza, en manos de su fiel servidor y haciendo á éste propósitos de enmienda, partió para Andalucía. Llevaba dos objetos, que eran: ver el cariz que presentaba un tío suyo, riquísimo, que residía en Jerez, y luego hacer una temporada vida de campo en una quinta que poseía en las inmediaciones de Coria del Río, dedicándose á la caza, que era una de sus diversiones predilectas.

Su tío segundo por parte de padre, D. José Lozano y Ponce, con treinta mil duros heredados de su legítima materna, comenzó desde muy joven á trabajar en el comercio de exportación al extranjero de vinos andaluces, y desplegó tal actividad é inteligencia, que (ayudado, por supuesto por la suerte, que in-

dudablemente se mezcla para bien ó mal en todas las cosas) en menos de veinte años reunió un capital que, contando por poco, no bajaría de un millón de duros. En la época en que fué á *tantearle* su sobrino el marqués de Criptana, el buen señor era dueño de una de las mejores bodegas de Jerez, tenía en compañía de otro asociado una casa-banca en Londres y dos buques en el mar para el transporte á esta ciudad de vinos andaluces. Pasaba temporadas en la capital de Inglaterra, pero residía en Jerez, en una vastísima casa situada en la plaza grande. Ocupado en sus negocios, no había tenido tiempo para casarse, según él decía. Sus parientes más próximos eran su primo el conde de Lebrín, que vivía en Sevilla, y su sobrino el marqués de Criptana, que andaba siempre de Ceca en Meca; de modo que puede decirse

que no tenía familia. D. José Lozano era bondadoso y su carácter estaba perfectamente equilibrado. No le gustaba la ostentación, pero sí las lujosas comodidades de la vida íntima. Comía refinadamente con vajilla de plata, bebía los vinos más exquisitos y se mudaba cada día una ó dos camisas de batista. Tenía en su cochera una berlina, un faetón y un coche de colleras, que motivaban la hilaridad del marqués de Criptana, y en la cuadra cuatro mulas, dos caballos de tiro y dos de silla, por más que no se sirviese nunca de estos últimos, pues á los sesenta y seis años de edad no se está ya para trotes. No era pródigo ni ruin. Quizá por la ley de los contrastes quería mucho á su sobrino el marqués; pero aunque repetidas veces había pagado letras giradas por éste desde Madrid ó el extranjero, no le abría la mano en lo tocante á dinero. Le recibía con satisfacción siempre que se presentaba en Jerez, y nunca le hacía inculpaciones por su vida disipada. Hubiera deseado tenerle siempre á su lado; pero ni siquiera se lo indicaba, porque sabía que era ocioso, y que su sobrino, según él decía, *aún no había parado los pies*.

El marqués encontró en su tío el cordial recibimiento de siempre; pero observó que estaba malhumorado, por causa de negocios probablemente, y no quiso hablarle de sus apuros, difiriéndolo para después de su expedición campestre. Pasó una semana en Jerez, y luego provisto de lo estrictamente necesario se trasladó á su quinta de Coria del Río.

Lo estrictamente necesario para el marqués fué, además de su equipaje de campo, su ayuda de cámara francés, dos perros perdigueros ingleses que atendían á los nombres de Plik y Plok, un caballo inglés de media sangre, escopeta, impermeable, sombrero, botines y calzado ingleses, tres cajones de botellas de vino de Jerez de la bodega de su tío, cuatro ídem de cigarros habanos, y mencionando á lo último lo más valioso, tres paquetitos de libros pequeños de amena literatura.

Instalóse con todas estas cosas en la *Quinta del marqués*, que así la llamaban, no muy lejos del *cortijo de los Almendrales*, que era suyo, y como á cuatro tiros de escopeta del Guadalquivir. Habitaba y cuidaba de la quinta un matrimonio anciano, sin hijos, que recibieron con grandes demostraciones de júbilo al *señorico Joaquín*, que así le llamaban, y el marqués encontró su casa limpia como una patena. El primer día, como había llegado casi de noche, sólo tuvo tiempo de instalarse y descansar, y al siguiente, cuando estaba almorzando, servido por su ayuda de cámara y por Marciana, la vieja campesina que cuidaba de la quinta, le dijo ésta que Pedro el cortijero pedía licencia para verle.

Presentóse Pedro Ortiguela, arrendatario del cortijo de los Almendrales perteneciente al marqués. Era un robusto mocetón, como de treinta años de edad, guapo, alto, transpirando hombría de bien por todos los poros y ataviado con los trapitos de cristiano. Cuando se acercó al marqués con el sombrero en la mano, su semblante demostraba la más ingenua satisfacción, lo cual no pasó inadvertido para aquél.

— Buenos días, ceñó marqués, dijo Pedro algo cortado, con cerrado acento de la tierra baja.

— Buenos te los dé Dios, Pedro, contestó el marqués, alargando á su colono un vaso de vino de Jerez que acababa de llenar. Siéntate.

— Con permiso, dijo éste, sentándose en una silla que había arrojado Marciana y teniendo en la mano el vaso de Jerez.

Se llevó éste á los labios, dió dos sorbos como paladeando, y repuso haciendo un castañeteo con la lengua:

— Mire usía, ceñó marqués, en vida de mi padre, que en paz descansa, he trabajao en los viñedos de Jerez, y he bebío tan buen vino como el que má, pero no ma cuerdo de que ninguno fuera como éste. ¡Vaya un calienta-estómago de mistó!

— ¡Como que es de la bodega de mi tío Pepe!, observó el marqués, examinando con satisfacción la franca é inteligente fisonomía del honrado cortijero.

Hubo una pausa, mientras aquél encendía un cigarro que tomó de una bandejita, que por lo reluciente podía ser de plata, y que le presentó su ayuda de cámara.

— ¿Quieres una taza de café?, preguntó el marqués á Pedro, dándole un riquísimo habano.

— No, ceñó; muchas gracias, mace daño.

— ¿Ni tampoco coñac?

— ¡Uy!, ezo mucho meno. Nunca he podío acostumbrarme á ezas cozas. A mí vino, y poco, pa que no se zuba onde no debe.

El marqués empezó á saborear una taza de café. Pedro encendió el cigarro que le había dado aquél con un fósforo que le presentó el ayuda de cámara. Luego se colocó el sombrero en las rodillas, y dando chupadas prosiguió diciendo:

— Pues, ceñó marqués, anoche mismo zupe la llegada de usía, pero era tarde y no quise incomoarle...

El marqués tenía tratamiento de excelencia, pero Pedro nunca le daba más que el de usía.

— No quise incomoarle, continuó éste, y aquí estoy ahora pa lo que usía guste mandá en too y por too.

— Muchas gracias, Pedro.

— No, es que ya zabe usía que le quiero bien, y toos los de casa, aunque sólo mi mujé tiene el honó de conocer á usía. Esta mañanica me ijo: «Vé á ve al ceñó marqués, pue que haiga orvidao argo.» Yo tengo de too lo que hace farta pa er campo: cabayo, escopetas, mantas...

— Te repito las gracias. He traído lo necesario.

— Es que no lo igo á humo de pajas, y sobre too en lo respetive á caballo, porque al entrar aquí he visto que estaban limpiando uno en la puerta, que me paece de extranjis.

— Sí, uno de mis caballos ingleses.

— ¿Y pa qué ha traío eso aquí?, y perdone que se lo pregunte. Esos adefesios saltan más que un gato monté, corren más que una mala notisia, pero son muy delicaos, y con este terreno duro se abren de cascos.

— Pues mira, puede que tengas razón.

— ¡Soniche si la tengo! Usía debía haber traío un buen potro ubedano, desos que tienen un salero en ca pata y son más finos que una navaja guífera, y salir montao por ahí como Dios manda, en silla jerezana con concha, pretal, baticola y mosquera de alamares, estribos de medio celemín y un retaco á la concha, por si le daba á usía la gana de meterse tierra adentro, porque icen que dende que hubo una bronca grande en Madrí, han vuelto á salir toos los salteadores. ¡Y que no estaría bien usía á cabayo, siendo tan buen mozo y jinete de buten!

— Si sigo aquí algún tiempo, me aprovecharé de tus advertencias. Pero vamos á lo principal: ¿cómo te va con el cortijo?

— Por lo mediano, ceñó marqués. El año pasao mal, porque cayeron tres pedriscos grandes, que mos dejaron mochos; pero este año, el secano va bien, porque ha llovío tarde, y el regadío también, porque ha llovío.

— ¿Tienes hijos?

— Cí, ceñó, una agüela y una niña.

— ¿Cómo es eso?

— La niña es mía, y la agüela la madre de mi mujé. Una buena vieja que no sirve ni siquiá de estorbo, acurrucá siempre, rezando letanías y leyendo libros con estampas y cruces.

— De modo que soís cuatro de familia.

— Cí, ceñó, cuatro con cuatro bocas. ¡Gracias que mi mujé con su arreglo y su aquel pa jasé de uno cuatro, nos las abre y nos las sierra á toos! Mioste, ceñó marqués, mi Juana e Dios es más milagrera que San Visente el de Valensia, y que toos los santos, inclusive la Conceción de Utrera.

— Mucha carga llevas sobre tus costillas, Pedro.

— ¿Qué importa, cuando se lleva con gusto como San Cristóbal al Niño?

— ¿Tienes alguna queja de mi administrador?

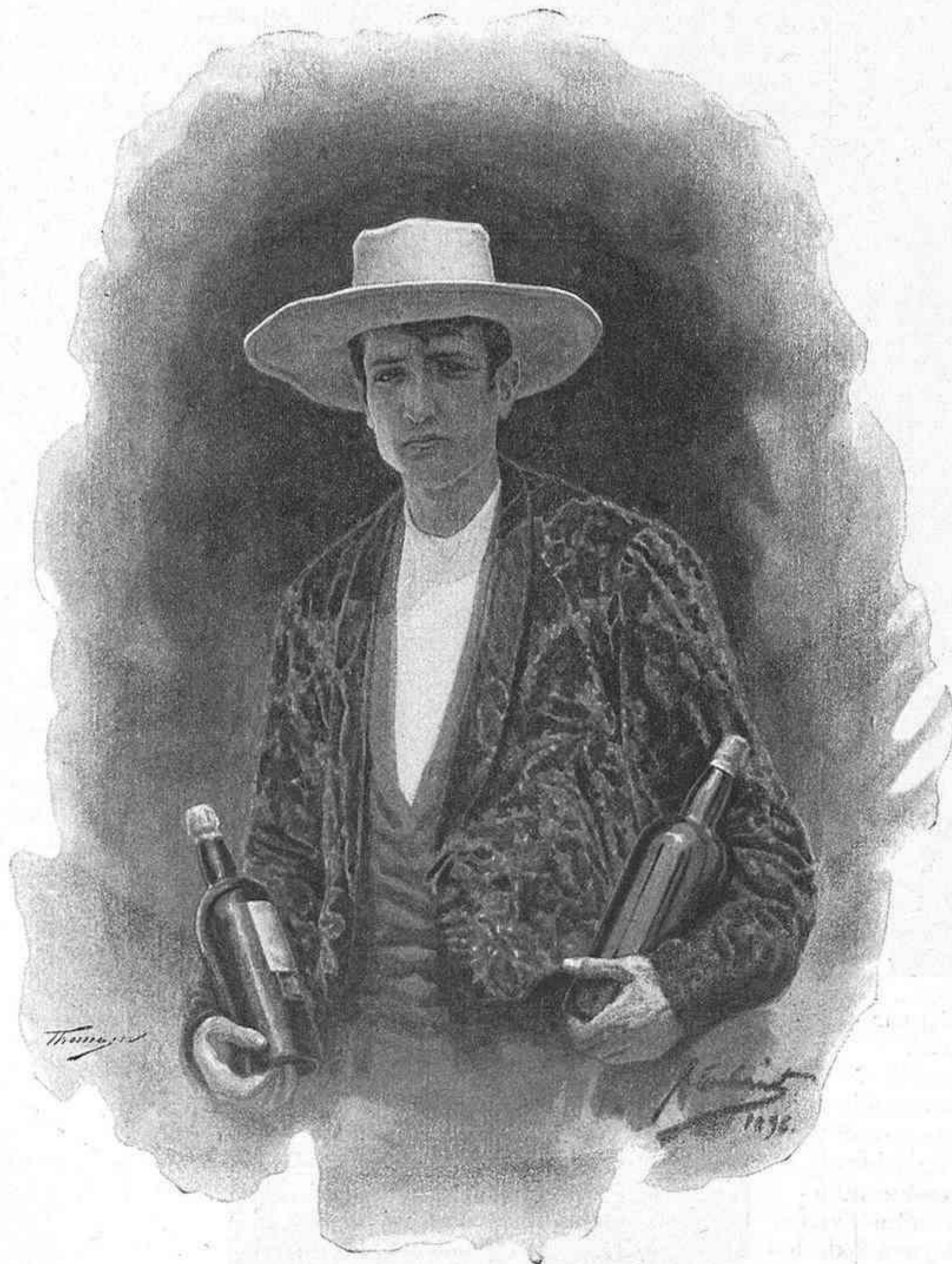
— Ninguna. Es un buen ceñó, que siempre ce pone en lo justo.

— Es que no quiero que pases apuros, Pedro. Ya le advertiré yo. Sabes que te aprecio como mi padre apreciaba al tuyo.

— Y sa agradesce y se paga de too corazón, que nus conosemos y hemos jugao juntos de niños, y esas cosas no sorvidan nunca.

El marqués se puso en pie y Pedro hizo lo propio. Aquél, dirigiéndose á un ayuda de cámara, dijo:

— Delfín, trae un par de botellas de Jerez.



El honrado cortijero salió de la quinta, cargado con sus dos botellas

Trájolos el criado, las tomó el marqués, y dándoselas á su arrendatario, repuso:

— Para que os las bebáis á mi salud.

— Estimando, ceñó marqués, aunque pa eso y siempre, nos basta con agua clara.

— Pues adiós, Pedro, dijo el marqués dando amistosos golpecitos en el hombro de éste. Ya iré á verte al cortijo cualquier día de fiesta, para hallarte allí.

— Cuando usía guste: será recibío con parmas; y si usía nos avisara con antispasión, pa agasajarle como es debío, mejó.

El honrado cortijero salió de la quinta, cargado con sus dos botellas, diciéndose:

«Este ceñó marqués es campechano dende la curcusilla jasta er cogote. ¡Lástima que no viva en la tierra y que le haiga dao por las cosas de extranjis!»

XIV

Desde los primeros días en que el marqués comenzó á hacer su vida campestre, experimentó una agradable sensación de bienestar.

Se despertaba á las seis de la mañana, fumaba en la cama un cigarrillo, y se levantaba á las seis y media. Se bañaba y vestía, en lo cual empleaba algún tiempo, y muy temprano se sentaba á la mesa para almorzar. Hacíalo con entero apetito, y luego, algunas veces á caballo, pero la mayor parte á pie, se echaba al campo, llevando su escopeta y sus avíos de caza. El ayuda de cámara le había provisto de lo necesario, sin olvidarse de meter un libro en el morral, cigarros en la petaca y fósforos en la fosforera.

El marqués, llevando por supuesto sus dos perros ingleses, cazaba á ratos, ó bien buscaba alguna umbría y se sentaba á leer, fumar ó entretenerse con los juguetes de Plik y Plok. El tiempo convidaba á estas excursiones, pues febrero en Andalucía es una

verdadera primavera. A veces daba largos paseos por la orilla del río, ó alquilaba una barca y llegaba por el Guadalquivir hasta dar vista á Sevilla. Así entretenía el tiempo, y bien caído el sol regresaba á la quinta. Se lavaba y mudaba de camisa, que le servía para dormir, comía vorazmente, tomaba café, charlando con sus dos viejos sirvientes sobre cosas del país, acostábase y dormía como un patriarca, como suele decirse.

¡Qué despertar tan alegre y tan enérgico! ¡Cómo aromaba su dormitorio el olor de las malvarrosas que penetraba por la ventana entreabierta, al mismo tiempo que un rayo de sol que parecía una saeta de oro!

A veces el marqués de Criptana, mientras fumaba su cigarrillo, comparaba aquel despertar con otros muchos que había tenido, en París, por ejemplo. Eran las dos de la tarde y la lluvia golpeaba los cristales de la ventana. La *chambre à coucher* olía á perfumes mundanos. Se levantaba de mala gana, desmadejado y nervioso, para ir á comer á la fuerza al café inglés. Y luego á la ópera, á oír música que no conmovía su espíritu, tan gastado como su cuerpo, y después al club á presenciar ó tomar parte, sin emoción, en las monótonas tallas del *baccarat* ó treinta y cuarenta.

¡Qué diferencia de vida! Ahora se levantaba alegre y á veces cantando, que es la mejor señal de haber dormido bien. Tenía necesidad de movimiento y se sentía capaz de derribar un tabique de un puñetazo.

Los muy suaves efluvios del almuerzo que preparaba Marciana subían hasta él desde la cocina, y le saboreaba de antemano.

Le serpeaba por el cuerpo el vigor de la salud, y parecíale que su imaginación y sus ojos estaban más claros.

Al comparar el pasado con el presente, asaltábanle pensamientos de los que anteriormente se hubiera reído, puesto que se decía: «Quizá soy yo como uno de aquellos dos hermanos del cuento húngaro, que buscó la felicidad por las cinco partes del mundo, y al regresar á su casa, enfermo y arruinado, se la encontró sentada en el hogar campestre, al lado de su hermano menor. Acaso viviendo siempre aquí y casándome con una robusta y sencilla labriega, que me daría hijos robustos y sencillos también, hallaría el bienestar absoluto que en todas partes echo de menos.»

Una mañana, después de haber derribado algunas piezas, el marqués buscaba una sombra para leer y descansar. Iba hacia el río por la linde de una cuesta larga, que bordeaba un prado, y buscaba una senda para bajar á éste, cuando desde la altura en que estaba y á no muy lejana distancia vió á una niña entretenida en lavarse los pies en un arroyo que corría casi lamiendo la falda del cerro. Quedóse parado mirándola, y en verdad que la pequeñuela merecía aquella atención. Podría tener como diez años de edad. El óvalo de su carita, un tanto prolongada, terminaba junto al cuello en una curva llena de gracia y elegancia. Sobre sus mejillas aterciopeladas, teñidas de un color dorado que no era el suyo natural, se destacaban dos rosetones que rebosaban salud. Su boquita se arqueaba sobre un labio inferior algo grueso, sólo comparable á una hoja de amapola arrollada. Sus ojos, bajos para atender á la faena en que se ocupaba, estaban sombreados, en primer lugar por cejas espesas y finísimas y además por pestañas oscuras, que el sol hacía parecer de acero transparente. Tenía el pelo suelto, que era oscuro con reflejos de luz, y tan largo, que sentada como estaba, rebosaba en el suelo. Todo esto se puede decir con más ó menos claridad; pero ni el pincel más hábil alcanzaría á dar idea de la viviente expresión de candor y donaire del rostro de aquella hermosa niña.

Llevaba un vestido, ó mejor dicho una blusa de percal obscuro, que apenas se ceñía al cuerpo, diseñando el talle infantil y la combada línea de las caderas, y descubriendo hasta la mitad sus brazos de color dorado como sus mejillas, debido á la acción del aire y del sol, y que contrastaba con la blancura de los pies que tenía metidos en el arroyo y de las piernas descubiertas hasta las rodillas. ¡Qué pies y qué piernas para vistas por un estético tan refinado como lo era el marqués de Criptana!

(Continuará)

LA GUERRA DE CUBA

Continuando la tarea que nos hemos impuesto de reproducir en nuestras páginas por medio del grabado los retratos de cuantos españoles tienen ocasión de distinguirse con su cooperación directa ó indirecta en la guerra provocada por los separatistas cubanos, acompañando los retratos con algunos ligeros datos biográficos de los interesados, incluimos en el presente número los del coronel Ochoa, del capitán Espina y del médico militar Sr. Peña, así como un grupo de la oficialidad del crucero *Alfonso XII*.



El coronel OCHOA, jefe del regimiento de Guadalajara (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

El coronel Sr. Ochoa se encuentra en la actualidad al frente del regimiento de Guadalajara, y merced á sus dotes de mando y á su bizarría, repetidas veces probada en muchos combates, ha conseguido brillantes triunfos en la Gran Antilla y especialmente el de Jiquiabo, en cuyo encuentro con las partidas de los cabecillas Aguirre, Valencia y Lino Mirabal, ocurrido el 27 de abril último, supo ponerlas en vergonzosa derrota, á pesar de la gran superioridad numérica del enemigo y de las ventajosas posiciones que ocupaba, causándole sesenta y dos muertos dejados en el campo de batalla.

El capitán D. Rosendo Espina y Díaz pasó á Melilla voluntariamente, en representación del instituto á que pertenece, como capitán del batallón voluntario de artillería n.º 2 de la Habana, costeándose todos los gastos durante los cinco meses que duró la campaña y prestando los servicios de su empleo en el batallón disciplinario de dicha plaza. Terminada la guerra con los rifeños, regresó á Cuba, donde desempeñaba el destino de administrador de la aduana de Tunas de Zaya, cuando al iniciarse la insurrección, dejó tan codiciado empleo para empuñar las armas contra los rebeldes. Capitán de la guerrilla «Lersundi» que tanto se ha distinguido en varias acciones de guerra desde el principio de la campaña, fué herido en la reñida acción del Coliseo, yendo con la columna mandada por el general Martínez Campos.

El doctor D. José de la Peña Bueta, médico militar de primera clase, desembarcó en Cuba en julio de 1895 con el batallón de San Fernando, y entró desde luego en operaciones en la provincia de Santiago, hallándose en numerosos encuentros, el principal de ellos la acción del Descanso del Muerto. De septiembre á octubre cuidó en Palma Soriano los enfermos de las columnas cuando se cebaba en ellos la fiebre amarilla, teniendo la satisfacción de no haber perdido más que cincuenta y tres de doscientos diez y siete atacados, á pesar de contar con escasísimos medios para su asistencia y curación. Trasladado á Holguín, continuó en operaciones con el regimiento infantería de la Habana y asistió á todos los combates que este cuerpo sostuvo: con la columna del general Echagüe salió en persecución de Maceo por las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, y por su comportamiento en los diferentes com-

bates trabados en esta ocasión mereció ser citado varias veces en los partes oficiales, pues poco avaro de su sangre y arrostrando impávido el peligro, curaba los heridos en las avanzadas, allí donde más vivo era el fuego, tanto que el general Bernal solía llamarle el «médico guerrillero.» Menoscabada su salud después de nueve meses de hallarse en incesantes operaciones, han creído sus superiores deber darle algún descanso material, y con este objeto le han destinado al hospital de Trinidad. El médico militar Sr. La Peña honra al instituto á que pertenece.

A los anteriores retratos añadimos en este número los de los principales jefes y oficiales del crucero *Alfonso XII*, que prestan sus servicios en las aguas cubanas, vigilando las costas y esperando hallar ocasión en que demostrar que por el mar emularán las proezas de sus compañeros del ejército de tierra.

SECCIÓN CIENTÍFICA

ANIMALES QUE RESUCITAN

Conocida es la extraordinaria resistencia que para el calor tienen los bacilos y sus esporos, la cual es tanta que para lograr una esterilización completa se



D. ROSENDO ESPINA, capitán de la guerrilla Lersundi (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

requiere á menudo elevar la temperatura hasta 125°. Los protozoarios y los protofitos no son los únicos seres que disfrutan de la propiedad de soportar altas temperaturas, pues hay también ciertos animales de organización mucho más elevada, como los rotíferos, los tardígrados y las anguilulas, que oponen una resistencia pasmosa á las variaciones de temperatura.

De una larga serie de experimentos hechos con estos animales ha deducido M. Denis Lance que cuando se les deseca poco á poco y tan completamente como sea posible, pueden soportar sin morir por espacio de algunos minutos una temperatura que varía entre 110° y 115°. Permanecen sin ningún peligro hasta media hora á 100° y dos horas y media á 80°. Pero aún hay más: se los puede hacer pasar repetidas veces y rápidamente de 40° bajo cero á + 100°, sin que resulte para ellos ningún perjuicio, y cosa extraordinaria, estos animales que soportan así tantos grados de calor, mueren en menos de media hora cuando se los expone á la luz directa del sol.

Su resistencia á las elevaciones de temperatura, aun cuando estén en su medio ambiente natural, excede á todo cuanto conocemos. Mientras vemos que todos los protoplasmas animales se coagulan á 42 ó 43°, y las manifestaciones vitales se extinguen á esta temperatura sin esperanza de renovación, dichos animales soportan impunemente un aumento de 47 á 50° según los medios en que suelen vivir.

No menos difícil es asfixiarlos. Pueden permanecer cinco días en agua privada de oxígeno mediante una ebullición prolongada y aislada de la atmósfera

por una capa de aceite. Si se desecan, pueden pasar sin riesgo ni inconveniente muchos meses en el vacío, y lo único que sucede es que tornan á la vida con mayor lentitud que los desecados al aire libre.

Hoy está puesta fuera de duda la reviviscencia de los rotíferos, pero hay que hacer observar que la palabra reviviscencia es impropia, porque en ellos no se ha suspendido, sino modificado simplemente la vida durante la desecación. En rigor se encuentran en *anhidrobiosis*, estado que se observa con bastante frecuencia en animales que pertenecen á muy diferentes grupos. Los huevos de ciertos crustáceos (*Apus*, *Branchipus*, *Daphnia*), de los turbelarios, de los entomostráceos, de los insectos; ciertos moluscos terrestres, en fin, un vertebrado, el *Protopterus*, y tal vez la rana, pueden, en virtud de una deshidratación progresiva, pasar á un estado de completa anhidrobiosis, y tenerlos en él mucho tiempo sin que pierdan la facultad de recobrar sus movimientos al hidratarlos de nuevo.

Todas las semillas ofrecen también esta notable propiedad. Sábese en efecto que Girardin hizo germinar semillas de habichuelas del herbario de Tournefort al cabo de cien años; y que R. Brown consiguió el mismo resultado con las del *Nelumbium speciosum* de la colección de sir Hans Sloane, de la cual formaban parte hacia ya más de siglo y medio.

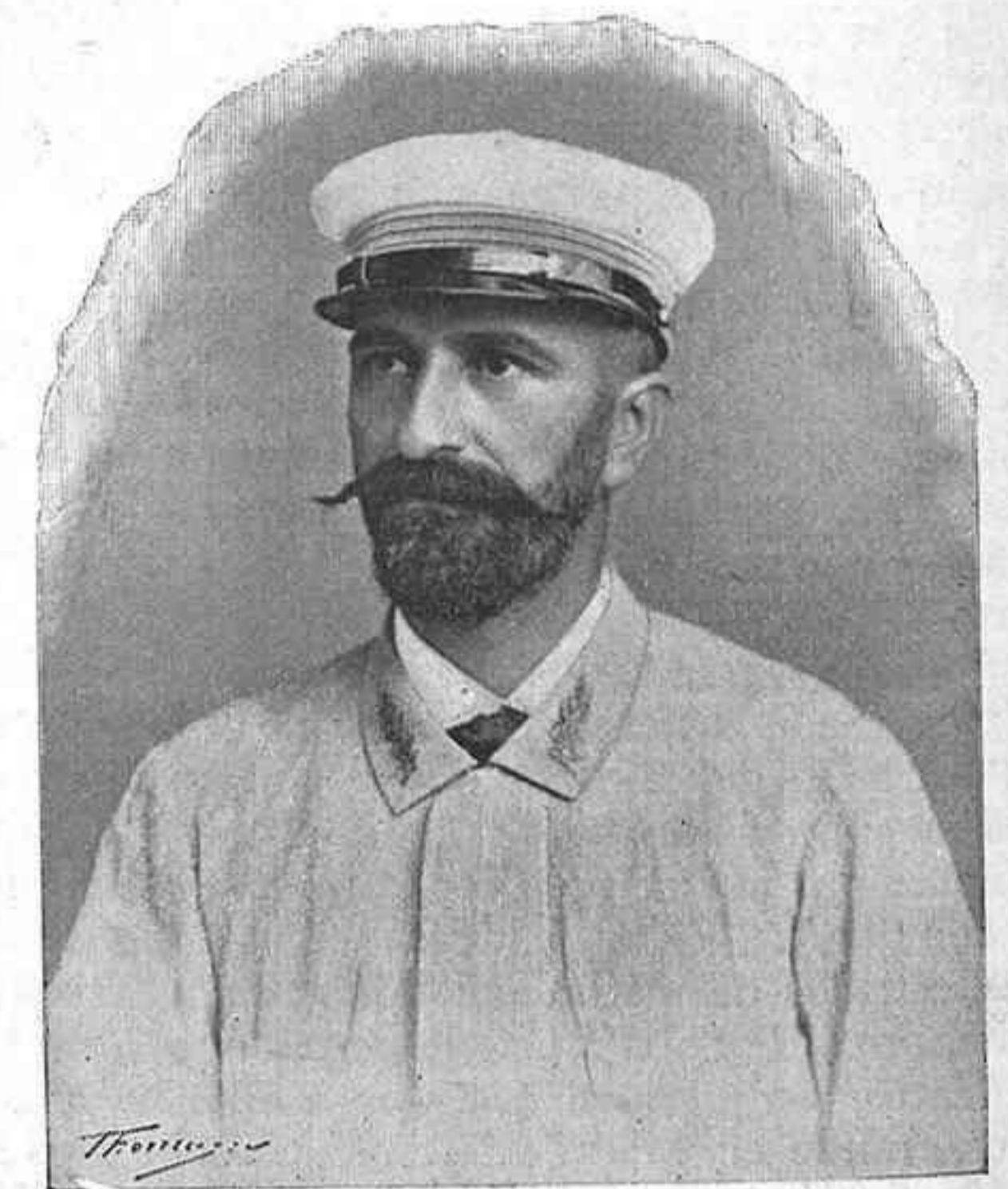
De lo expuesto puede, pues, deducirse que la anhidrobiosis y la reviviscencia, que es su complemento, no son fenómenos accidentales, sino más bien un verdadero modo de reacción del protoplasma.

A los rotíferos y tardígrados, más especialmente estudiados, esta facultad, muy amplificada, les permite soportar cambios más rápidos y considerables; mas fuera de esta particularidad interesante, no difieren de los animales susceptibles de anhidrobiosis.

(De *La Nature*)

VIAJE AL POLO NORTE EN GLOBO

En el Salón de sesiones de la Sociedad de Geología y Geografía de Estocolmo se ha celebrado últimamente una reunión en favor de la expedición polar en globo, proyectada por M. Andrée. En ella ha dado éste cuenta de lo adelantados que lleva sus preparativos de viaje. Por lo que respecta al globo, están ya terminados los tres pisos del cobertizo en



El médico 1.º Dr. D. JOSÉ DE LA PEÑA (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

que se le debe conservar hasta la partida, y en breve lo estará el generador de gas hidrógeno. El vaporcito la *Virgen* se halla terminado en el dock de Gotemburgo: este pequeño barco es de palastro, puede llevar 3 personas y 600 kilogramos de provisiones y se dobla, de suerte que se le puede izar á las redes del círculo del globo. Se ha construído una cocina en la cual se pueden calentar los víveres á diez metros de distancia del suelo de la barquilla. La expedición saldrá de Gotemburgo el 7 de junio y llegará al Spitzberg el 17 ó 18. Pero á partir de este momento, M. Andrée no puede predecir lo que sucederá: no sabe si podrá continuar su viaje en globo ó tendrá que hacerlo en barco ó en trineo.

Los instrumentos científicos que llevará la expedición son: tres sextantes, un horizonte artificial de mercurio, dos cronómetros, dos cronoscopios, cartas magnéticas aproximativas de la región inexplorada, una brújula especial, un psicrómetro, un actinómetro de Arago, nueve brújulas, un anemómetro, tres anteojos, dos aparatos fotográficos, un electrómetro, un aparato para recoger bacterias y otro para analizar el agua.



JEFES Y OFICIALES DEL CRUCERO ALFONSO XII QUE PRESTA SUS SERVICIOS EN LAS AGUAS DE CUBA, según fotografía enviada por los Sres. Otero y Colominas

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRE, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**



CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.^o, constructores al por mayor
81, Faubourg, Saint-Denis, Paris
Velocipedos de precisión, modelo 1896
Soberbios neumáticos. Fr. 150
Catálogo ilustr. gratis. - Exportación

Las Personas que conocen las

PILDORAS del D^r DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PREGIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTENTINOS.

CEREBRINA

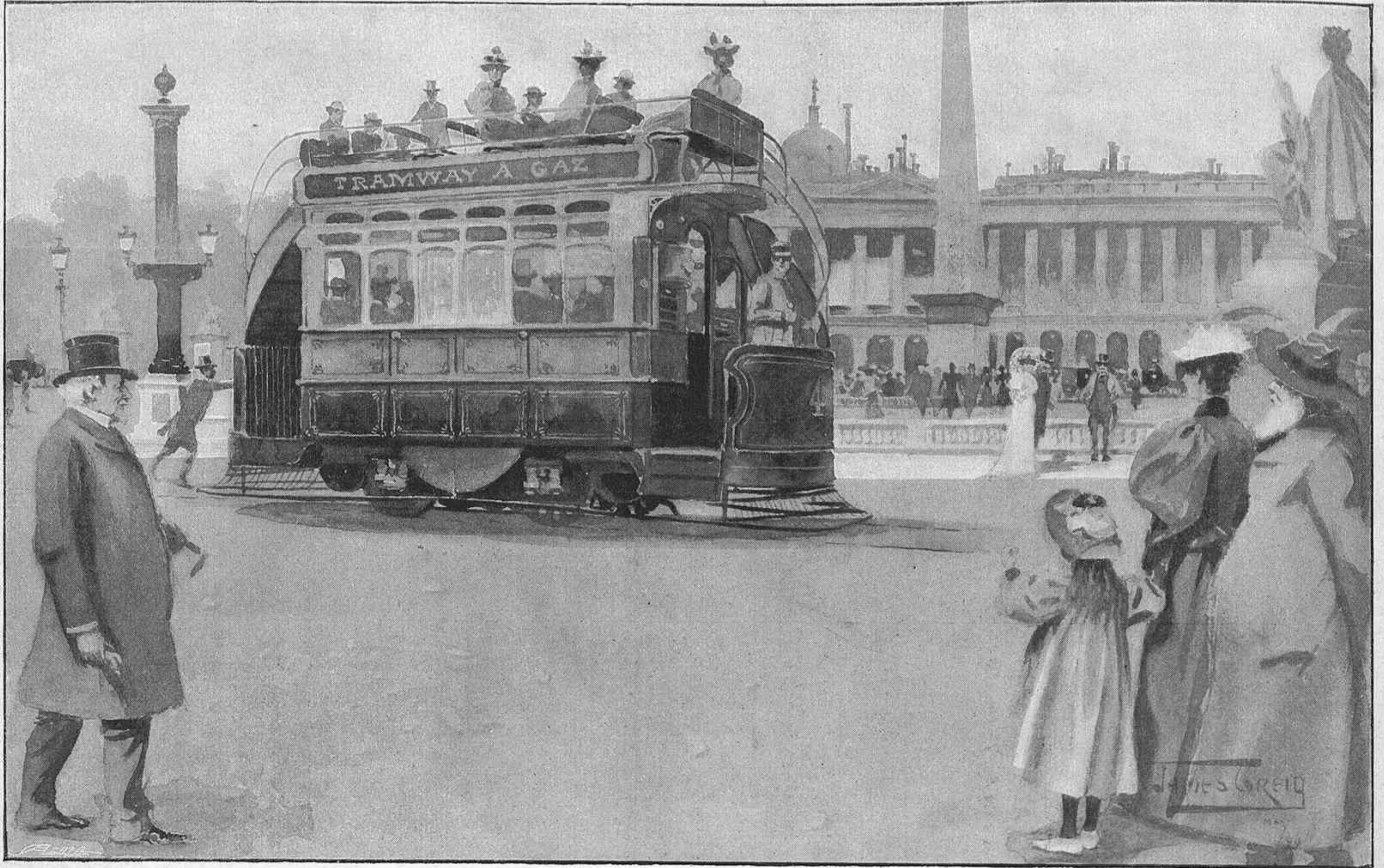
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, PARIS

En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.



CARRUAJE DE TRANVÍA MOVIDO POR GAS, CONSTRUÍDO POR LA COMPAÑÍA DE ÓMNIBUS DE PARÍS Y ENSAYADO RECIENTEMENTE EN AQUELLA CAPITAL

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y Cia, Pcos, 102, B. Richelieu, Paris.



Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} 84 St-Denis, 26

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN